

Capítulo XXIV

1826-1827

DOMINGO DE RAMOS Y COMIENZO DE LA PASION

RESUMEN

De nuevo el Libertador por los aldeaños de Cúcuta – Llega a Maracaibo el 16 de diciembre de 1826 – Su proclama – Aprestos militares – Disposiciones que toma – Llega a Coro – La audaz proclama de Páez y la carta del Libertador – Al solo nombre de Bolívar los sublevados comienzan a abandonar sus banderas – Decreto de indulto de Bolívar – Imprudentes palabras – El brindis de Páez – Breve reseña de los festejos con que se solemnizó la llegada de Bolívar – La sublevación de la tercera división auxiliar de Colombia en el Perú dirigida por Santa Cruz – Vidaurre, su abyección – Bondadoso apelativo de Bolívar para Pando y Larrea – Resortes empleados para dividir a los componentes de la división – El 28 de enero de 1827 estalla la sublevación de la 3a. división – Celebración del Motín en Bogotá – Santander se une al desfile nocturno que celebra el acontecimiento – El gobierno lo aplaude oficialmente – Palabras del gran mariscal de Ayacucho – También en carta particular a Bustamante, Santander aplaude el motín militar – El concepto de “El hombre de las Leyes” – Palabras de Bolívar al recibir la noticia de la sublevación – Confidencias a Urdaneta y a Páez – Declaración de Bustamante – La Mar intrigando en Guayaquil – Declaraciones del coronel Juan Francisco Elizalde y el comandante Camilo Peña, dos de los amotinados de la 3a. división.

LOS ACONTECIMIENTOS que someramente hemos reseñado consti-
tuyen lo que se conoce con el nombre de la rebelión de Páez. Esta fue la causa de las urgentes llamadas que el Libertador recibió en el Perú, por el mismo Páez y después por Santander. Se ha visto que éste último se guió primero por el temor de que la rebelión amenazase o llevase su desastre a la república, y reclamó su vuelta como presidente de ella; mas cuando creyó pasado ese peligro le propuso sólo el regreso como general en jefe del ejército. Páez por su parte llevó su ceguedad hasta pretender deshacerse también del

benéfico influjo del hombre a quien, después de su valor e intrepidez, debía cuanto había alcanzado en la carrera de las armas.

Cuando interrumpimos nuestro relato dejamos al Libertador por los aledaños de Cúcuta. Sigue camino de la capital del Zulia, Maracaibo, adonde llega el 16 de diciembre de 1826. Ya la hidra había asomado su cabeza en el departamento; ya se habían pronunciado varios por las actas de Valencia y Caracas; por la forma federativa de gobierno; pero el general Rafael Urdaneta, comandante general, había frustrado sus proyectos; mas la llegada, el sólo nombre del Libertador, hizo cesar por completo todo conato.

Ese mismo día lanzó su proclama a los venezolanos: *“Ya habéis manchado la gloria de vuestros bravos con el crimen del fratricidio. ¿Era esta la corona debida a vuestra virtud y valor? No, alzad pues, vuestras armas parricidas; no matéis a la patria. Escuchad la voz de vuestro hermano y compañero de armas, antes de consumir el último sacrificio de una sangre escapada de los tiranos, que el cielo reservaba para conservar la república de los héroes.*

“¡Venezolanos! Os empeño mi palabra. Ofrezco solemnemente llamar al pueblo para que delibere con calma sobre su bienestar y su propia soberanía. Muy pronto, este mismo año, seréis consultados para que digáis cuándo y dónde y en qué términos queréis celebrar la gran convención nacional. Allí el pueblo ejercerá libremente su omnipotencia, allí decretará sus leyes fundamentales. Tan sólo él conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso ni un partido ni una fracción. Nadie, sino la mayoría, es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo; y su potestad, usurpación.

“¡Venezolanos! Yo marchó hacia vosotros a ponerme entre vuestros tiros y vuestros pechos. Quiero morir primero que verme en la ignominia, que es todavía peor que la misma tiranía; y contra ésta ¿qué no hemos sacrificado? ¡Desgraciados los que desdigan mis palabras y falten a su deber!”

De extremadamente blanda y hasta rayana en demagogia se ha tildado esta proclama de Bolívar: él quería que el populacho lo entendiera y pagaba tributo a su lenguaje y sus modos. No obstante, en vista de los progresos y de los muchos prosélitos de la revolución no descuidó la parte práctica del asunto, es decir, los aprestos militares para el caso muy probable de que la contumacia de los sublevados contra la república hiciese preciso el empleo de la fuerza. Así fue que el departamento quedó en asamblea esto es,

sometido a régimen militar, en uso de sus facultades extraordinarias; nombra a Urdaneta y Salom general en jefe y segundo, respectivamente, del ejército, e intendente y comandante general de armas a Lino de Clemente.

Otros aprestos llevó a cabo para hacer frente a cualquier emergencia: declaró sometidos a sus inmediatas órdenes los departamentos de Venezuela, Orinoco, Maturín y Zulia. Y pasó de Maracaibo a Puerto Cabello, pidiendo que se le enviasen allí los auxilios y recursos que había solicitado, como en efecto se enviaron desde Cartagena: un escuadrón con la corbeta Ceres y al batallón Callao en la fragata Cundinamarca, remitidos por el general Montilla.

En Bogotá crecía cada día la oposición a sus planes y medidas; los diarios tronaban contra la idea de hacer la guerra a Páez; es más también allá continuaron ahora las prédicas a favor de una república formada por los departamentos del centro. La unión colombiana estaba herida de muerte y esa herida iba a ahondarse por los puñales del año siguiente, que traspasaron su alma y volaron a ultimar al gran mariscal en Berruecos.

El empeño de Páez de separar a Venezuela de Colombia era cada día más fuerte. En una proclama a los Venezolanos finge satisfacción y alegría por la llegada del Libertador a Venezuela, pero según él, venía no como autoridad sino en su simple condición de ciudadano, como "su hermano, su amigo y el héroe de la patria, a ver a sus antiguos compañeros de armas. El viene para nuestra dicha, no para destruir la autoridad civil y militar que he recibido de los pueblos, sino para ayudar con sus consejos, con su sabiduría y consumada experiencia a perfeccionar la obra de las reformas".

Esto era ya un poco audaz y dio a Bolívar la exacta medida de la cólera y desprecio de Páez por cuanto significaba la autoridad colombiana, sintetizada ahora en el padre de la patria. ¿Podía éste sufrir serenamente semejante brote de soberbia destinado desde luego a adoctrinar a sus seguidores en la tarea nefanda de despedazar la patria y hacer nulos los esfuerzos del hombre abnegado por mantenerla incólume? El Libertador contestó esta proclama insolente y provocativa con una carta llena de hermosos principios con monumentales verdades, francas determinaciones y sanos consejos. Pero Páez no cejaba. Giró órdenes a los militares y civiles que lo seguían; el coronel Manuel Gala emprende operaciones para ocupar a Barinas, pero al llegar a esa ciudad se encuentra con que los habitantes habían huído del lugar dejando sólo un desierto; no encontró hombres, ni mujeres, ni niños, ni provisiones, ni archivos, armas y

municiones; es más, se habían atrincherado; no podía ser más desconsolador el caso para Páez y sus secuaces. Así también el rebelde vio con cólera y asombro que muchos de sus jefes y poblaciones amigas lo abandonaban y seguían las banderas de la legitimidad. Era el influjo del sólo nombre de Bolívar quien operaba la benéfica reacción.

Bolívar mientras tanto estaba ignorante de todo lo que estaba obrando su prestigio, y en estas circunstancias llegó a puerto Cabello el último día del año.

La situación del Libertador, como se ve, era de lo más favorable desde el punto de vista militar; no obstante, quiere evitar que se vierta la sangre de los venezolanos y expide al día siguiente, primero de enero de 1827, un decreto de amnistía por el que se dejaba al rebelde en el mando bajo el nombre de jefe superior de Venezuela; se exige el reconocimiento de sí mismo como presidente de la república y se conmina a quienes no acaten en lo sucesivo su autoridad a ser juzgados como reos de delitos contra el estado y sufrir las penas señaladas por las leyes.

No faltaron quienes motejasen este decreto. Las miras del Libertador eran pacificar sin violencias ni sangre. Y Páez cedió por fin y dio instrucciones perentorias para que se depusieran las armas rebeldes. Mariño mismo, también afiliado con Páez—y obraba en la provincia de Maturín— se rindió.

No queda a Páez otro arbitrio que someterse; y pidió a Bolívar que nombrase jueces para formar un tribunal que le juzgase por la acusación pendiente, la que había causado todo este barullo de su rebelión cuyas consecuencias fueron tan graves que atentaron a la forma misma de la unión colombiana; y dejaron sembrada la semilla del rompimiento con la contestación que dio el presidente a esta petición, por medio de su secretario general Revenga; contestación en tal grado ditirámica que al historiador no queda otra alternativa que censurar ciertas expresiones hinchadas y aptas para atraer contra el presidente animadversión y rencor. Se comprende que él intentaba ganarse totalmente el rebelde por la bondad y elogio a que tan sensible se mostró siempre su espíritu poco cultivado y eminentemente vanidoso. Pero *est modus in rebus*, y sabe Dios en cuántos amigos sinceros de él, defensores de la legalidad apagó este sentimiento aquellas frases indiscretas y exageradas con que al contestar a Páez le dice: “El general Páez lejos de ser culpable es el salvador de la patria. Así que no habiendo culpados en Venezuela por la causa de las reformas, según el decreto del 10. de

enero, sería una violación de aquella ley sagrada el abrir un juicio cualquiera". Es más todavía, le hizo el inapreciable regalo de su espada, el signo de fuego que fue la señal de la creación de la libertad del continente hispanoamericano.

No obstante, Páez, en la víspera del decreto, no se atrevió a acudir al llamado de Bolívar a Puerto Cabello. ¿Temería acaso una celada para someterlo al castigo que merecía? Qué mal conocía, si tal era el caso, esa condición principalísima del héroe de no poder retener mucho tiempo la cólera; ¡Morillo no desconfió de mi lealtad! le manifiesta.

Fue en Valencia donde los dos viejos luchadores se encontraron el 4 de enero. La revolución estaba ya vencida, pero faltaba ahogarla, y como lo dijo, quedó ahogada, sofocada por el abrazo que se dieron.

Y en el banquete que el León de Apure le ofreció ocurrió un incidente que le dio pie para afirmar su supremacía.

Y es también digno de referirse, para que se compare con su futura conducta, el brindis de Páez: "Conciudadanos: la espada de Bolívar está en mis manos. Por vosotros y por él iré con ella a la eternidad. Brindad conmigo por lo inviolable de este juramento". La historia dirá si el juramento fue inviolable, si Páez bajó a la tumba fiel a esos propósitos, o si por el contrario siguió siendo una piedra de escándalo y contribuyendo eficazmente al derrumbamiento de la patria y a la calumnia y descrédito de su generoso amigo. Es otro acto que se ha motejado mucho a Bolívar el deshacerse de la rica espada obsequio del Perú, en honor de un militar cuyo carácter díscolo conocía de sobra, donde existían un Urdaneta, un Salom, entre otros muchos, que sin duda tuvieron alguna especie de justificado sentimiento por esa preferencia deprimente.

Adelantemos un tanto en el itinerario de Bolívar pasando del cuatro de enero. Atravesemos de largo La Victoria y San Mateo, sitio de añoranzas tiernas y recuerdos de gloria. Triunfal su marcha hacia la capital de Venezuela, triunfal su entrada a esa ciudad de sus amores.

Casi un mes hacía que los caraqueños estaban a la espera de su anunciado arribo. María Antonia Bolívar, su hermana, en poder de la noticia de su próxima llegada suministrada por Páez mediante el general Diego Ibarra, hace imprimir una hoja suelta que lleva por epígrafe: BOLIVAR. Sus numerosos ejemplares son consumidos en breves horas por el pueblo ávido de noticias de su héroe. Es una exaltación general. Mientras tanto la municipalidad le decreta

los honores del triunfo a la usanza romana, al tiempo que, sabedora de que el día 4 estaba en Puerto Cabello camino de la capital, nombra una comisión compuesta del doctor Fermín Paúl, José Ventura Santana, Esteban Malown, y Manuel López, concejales los dos últimos, para que le rindiesen donde primero se encontrasen con él “una prueba patética de su amor ilimitado, le ofrendasen el corazón del pueblo caraqueño”. A estos comisionados se agregó una gran cantidad de personas ansiosas de verle y darle la bienvenida. Le encontraron a unos setenta kilómetros de distancia, donde la comisión cumplió sus deberes protocolares y todos satisficieron los ardientes deseos que abrigaban.

La inquietud patriótica en la capital era indescriptible. A cada momento se esparcían con rumores de su llegada esperanzas que pronto se desvanecían. La gente, suponiendo que su llegada tendría lugar en horas de la noche las pasaba pacientemente estacionada en las calles. Por fin se sabe de seguro que llegará el miércoles (12 de enero de 1827) y los vecinos se apresuran desde el martes a adornar los balcones y frentes de las casas con palmas, flores y ramas, a desplegar en las calles variedad de colores de damasco, retratos del Libertador en las paredes, inscripciones, himnos, banderas de los países liberados por su espada.

La municipalidad, la corte de justicia, el colegio de abogados, las comunidades religiosas, los alumnos del seminario y una abigarrada concurrencia lo recibieron al medio día en la plaza de San Juan. Allí le esperaba también una carroza bellamente adornada, ofrecida por el ciudadano angloamericano Jacobo Ydler “de la que tiraban dos bizarros caballos cubiertos de hermosas mantas amarillas conducidos por el mismo señor Ydler”. La ocuparon el Libertador y el general Páez, aquél de casaca azul oscuro, ricamente bordada de oro, y pantalón encarnado con anchos galones dorados; éste de uniforme blanco bordado en oro y ambos con soberbias charreteras llevando en la mano un sombrero militar con ricas plumas. Las campanas de la ciudad se echaron a vuelo, los cañones tronaban gloria.

Un episodio lleno de ternura, que nos registra García Chuecos, a quien hemos seguido en esta narración, es el que se desarrolló con Hipólita, la gloriosa negra de quien escribió desde el Perú a María Antonia: “su leche alimentó mi vida y no he conocido otro padre que ella”. Es fama que al divisarla entre la muchedumbre que lo aclamaba alborozada, se bajó del coche y la estrechó entre sus brazos, mientras la pobre mujer vertía las más dulces de las lágrimas.

Siguió el desfile a la catedral donde los héroes fueron recibidos por el gobernador del arzobispado y el alto clero y se cantó un solemne tedeum.

En la casa que se le tenía preparada lo esperaban sus hermanas María Antonia y Juanita y muchos parientes y amigos. Al llegar a ella, quince doncellas le salieron al paso con sendas banderas de raso. Cada una tenía escrita una de las virtudes características del Libertador. "Al tomarlas en sus manos Bolívar las ofreció a cada uno de sus compañeros y tenientes en la gran obra de la independencia; así la bandera del valor a Páez; la de la voluntad, a Cristobal Mendoza quien a la sazón andaba todavía desterrado a consecuencia de la rebelión de Páez; la de la libertad al marqués del Toro; la de la prudencia, al representante de la Gran Bretaña, etcétera, conservó para sí la bandera de la constancia.

Luego en la sala adonde entraron el espectáculo asumió los más hondos tintes de ternura. Dos niñas vestidas de indias colocadas sobre un altar, nietas de María Antonia, simbolizaban la patria que le pedía su protección. Ya puede imaginarse con cuanta ternura abrazó el Libertador a sus sobrinas nietas Trinidad y Mariana Camacho.

Pero ninguno de los homenajes rendidos a Bolívar superó al banquete que le ofrecieron don Juan de Madriz y su hija, doña Teresa Madriz Jerez de Aristiguieta y Bolívar, prima del Libertador, banquete de carácter privado a que asistieron todos los miembros de la familia y unos pocos amigos íntimos. La parte material de esta fiesta, que tuvo lugar en la casa donde nació, fue organizada con tanta delicadeza que el sitio de la silla que ocupaba Bolívar era precisamente el en que estaba la cama en donde nació. Quien se haya percatado del carácter emotivo de Bolívar no necesita que se le describan los sentimientos que le invadieron hasta el punto de hacerle prorrumpir en llanto. Al contestar el brindis, el orador, según el famoso discurso del padre Borges, "evoca de nuevo el recuerdo de su adorada madre, pero le ahoga la emoción, y el improvisado discurso termina en explosión de llanto. ¡Ah! El presidente de Colombia, el Libertador de América, sólo era un triste huérfano sollozando sobre las ruinas del hogar deshecho.

"Ya era de noche cuando arrancándose a los brazos de sus parientes, y lanzando una última mirada de adiós a esos sitios donde corrió su infancia, sólo, como había venido, Bolívar salió por esa puerta. para no volver más. lo esperaba la traición, el puñal de septiembre, la anarquía, el destierro, la tumba".

“Esa noche, en el corto trayecto que hay de San Jacinto a Las Gradillas, vieron los transeúntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes, vestido de negro, que iba de prisa, hablando a solas, como sonámbulo. Los que lograban reconocerle a favor de algún claro de luna cortado por la sombra de amplios aleros, deteníanse al punto, sorprendidos, y ya sin tiempo para el saludo, se decían en voz baja con profundo respeto, es el Libertador”.

Por donde quiera la gente bullía, vitoreaba, las bandas de música se dejaban oír por todo el ámbito de la magnífica capital.

La municipalidad le brindó también otro convite de caracteres muy solemnes al mismo tiempo que llenos de ternura y afecto.

Podemos considerar estas escenas triunfales como la jornada de ramos del Libertador: pueblo alborozado, jubiloso, arrebatado de entusiasmo y ardiendo en la llama de la gloria, que adoptará mañana una posición de repudio, moviliium turba Quiritium; que guiado por la intriga, la envidia y la ambición, había de descargar certeros golpes sobre el hombre a quien hoy glorificaban.

En su estada en Venezuela, ya vencida prácticamente la rebelión de Páez, no podía su ardiente sed de justicia, orden, educación popular y administración pública honrada y pura, desentenderse de los graves problemas. A todo atendió con la diligencia, sinceridad y devoción que le eran habituales. No es necesario detallarlo, conocida como es esta preciosa faceta de su carácter.

Sea ya este el momento de revelar otros acaecimientos adversos que atañen a su persona en la capital del Perú. Nos referimos a la sublevación de la tercera división auxiliar comandada por el general Jacinto Lara.

El general Lara estaba consciente de la inquina con que se veía en Lima a las unidades colombianas. Sentían como una ofensa a la nacionalidad la presencia de esos extranjeros. “¿Extranjeros? Pero no lo fueron en Junín y Ayacucho”, dice el Dr. L.A. Eguiguren, magistrado peruano.

Fuera de ese apelativo no podría reprocharse en la división colombiana ni desorden o mala conducta, ya que la disciplina en que los superiores la mantenían era estricta e irreprochable.

Lara pues había pedido a Colombia que repatriase a su división, y análogo requerimiento hizo a la junta peruana de gobierno, sin conseguirlo.

Los magnates de Lima querían deshacerse del cuerpo auxiliar, porque en él encontraban un probable obstáculo a su intento de

romper los pactos con Bolívar, de echar por tierra los proyectos de la gran confederación en que ellos mismos habían alentado a Bolívar y de que ya éste había desistido, anular la constitución boliviana que habían aprobado y adoptado, así como la presidencia vitalicia de Bolívar que igualmente habían aceptado. Al mismo tiempo esos soldados, sublevados, vueltos a Colombia, podían servir como elementos de discordia y disociación y aumentar la inquina que conocían se estaba incubando en la nación vecina; y esas maquinaciones de los dirigentes peruanos, tenían una raíz: el estúpido pensamiento de no poder escalar el poder supremo mientras viviera el Libertador. Era preciso anular su influencia.

Representante conspicuo de esta baja de sentimientos era el general Santa Cruz.

Bajo la dirección de Santa Cruz se urdió la conspiración para sublevar la tercera división auxiliar de Colombia. El primer objetivo fue corromper al jefe de estado mayor, coronel José Bustamante, quien dio prestamente su asentimiento. Este Bustamante era colombiano, natural de la Villa del Socorro.

A Santa Cruz le conocemos ya al través de estas páginas desde su conducta en Pichincha, donde se retiró con sus tropas desde el principio de la acción, y sus posteriores hechos militares en que perdió sin combatir seis mil hombres confiados a él, su complicidad con Riva Agüero y las bondades de Bolívar que con ellas lo rehabilitó del desprestigio y lo elevó hasta donde sus propios méritos estaban lejos de conducirlo, lo puso a la cabeza de la Junta de Gobierno, le dio el privilegio de constituirlo en personero suyo—recuérdese la famosa carta del 26 de octubre de 1826 escrita en Popayán.

Otro hombre influyente cooperador en la intriga de Santa Cruz fue don Manuel Lorenzo Vidaurre, antiguo oidor de la Audiencia del Cuzco. Este hombre podría caracterizarse como el monumento a la abyección: “en un baile que se dio en Lima y a que había concurrido el Libertador, Vidaurre se colocó delante de S.E. (causa vergüenza referirlo) en cuatro pies y le dirigió estas palabras: ‘Señor, ante el héroe superior de los hombres no creo deber ni poder presentarme sino en esta posición. Hónreme S.E. dejando sentir su planta sobre mis espaldas’”. Esto es tomado de Restrepo quien lo copió de un periódico de la época. Acaso la mejor respuesta de Bolívar habría sido dar una media vuelta y hacerle sentir no la planta bienhechora sobre las espaldas sino el clásico impacto del pie, significativo del desprecio de los hombres abyectos.

Semejantes a estos dos sujetos eran la mayoría de los que tras grandes beneficios del Libertador, emprendieron contra él la campaña de difamación e insultos en cuanto se alejó de las playas peruanas.

Con ellos Otero, Aparicio, Mariátegui, Pando y Larrea, tan distinguidos por Bolívar que en la referida carta de Popayán, siempre noble y bondadoso, los llama "los hombres más dignos del Perú, a los que por salvarlos diera mi vida".

Toda esta infame pandilla y otros secuaces se propusieron minar la moral de la tercera división colombiana y entre otros medios se valieron del de cultivar la emulación no bien oculta de los oficiales, basada en el hecho de que los más altos puestos, los de oficiales y jefes del ejército, eran en su mayor parte venezolanos. Junto con excitar y fomentar de este modo la emulación ya sordamente existente entre la tropa y oficiales, movieron el mentido argumento que servía de caballo de batalla a los adictos de Santander: el amor a la constitución y a las leyes, el repudio de la unión de Colombia, Perú y Bolivia, la detestación de la dictadura.

¡Por qué si lo que deseaban era expulsar las tropas colombianas del Perú se valían de medios tan indignos que nada tenían que ver con la finalidad propuesta? La razón es clara: minando profundamente la disciplina inutilizaban una fuerza que juzgaban podía servir al Libertador para asentar un irrestricto imperio en el Perú, y ellos querían tener el campo completamente libre y expedito para cumplir sus designios ambiciosos, que incluían sus viejos propósitos de apoderarse de la provincia colombiana de Guayaquil.

Ello es que echaron mano, como instrumento dócil, del comandante José Bustamante, jefe de estado mayor de la tercera división, lo corrompieron, éste a su turno corrompió a la mayor parte de los jefes y oficiales, y el 26 de enero (1827) en las primeras horas de la madrugada, Bustamante y sus cómplices, sacaron e hicieron formar en la plaza mayor de Lima a los batallones Vencedor, Rifles, Caracas y Araure y al cuarto escuadrón de Húsares de Ayacucho; amarraron al general en jefe de la división, Jacinto Lara, al segundo, coronel Arturo Sandes, comandante del Rifles a los coroneles Paredes, Luque, Portocarrero, Izquierdo y Whittle; y a otros oficiales que no habían aceptado la sublevación. La sedición militar estaba consumada. Los prisioneros fueron enviados a los calabozos del Callao, sus equipajes y pertenencias saqueados y robados, así como diez mil pesos en oro de Lara que estaban en poder del comisario Romero.

Al día siguiente los sediciosos firmaron la consabida declaración: su acción era en defensa de la constitución y las leyes amenazadas; no consentirían en que se nombrara un dictador ni que se adoptara un código desconocido, etcétera.

El 28 Santa Cruz, presidente del Consejo de Gobierno, decreta la reunión de un congreso constituyente para el 1.º de mayo. Debía designar la constitución que había de regir y nombrar presidente y vicepresidente de la república.

Como se ve por la carta del 26 de octubre, todos estos actos de hipocresía y pantomina eran inútiles, por cuanto el mismo Libertador había declarado rotos los votos de adhesión de los farsantes de Lima y exiéndolos a que siguiesen sus propias aspiraciones y deseos. Eran los procedimientos de éstos un alarde de exhibicionistas del carácter de los próceres del país, desde su iniciación, en contra de sus benefactores, llámense San Martín o Bolívar.

Pero por el momento nos interesa ligar los sucesos con los acaecimientos referentes a la política colombiana, y sus proyecciones sobre la vida del Libertador.

La sublevación de Bustamante tuvo efecto como se ha visto, el 26 de enero (1827). A la sazón hacía doce días que descansaba el Libertador, si es que en él era posible el descanso, en el seno de su ciudad natal, Caracas. Más tarde, 9 de marzo, llegó la noticia a la capital de Colombia. Músicas y alegría populares, repiques de campanas en la altiplanicie andina; desfiles nocturnos con antorchas, vivas persistentes a la tercera división, a la constitución y a las leyes: santo y seña contra Bolívar. Y entre la gente que esa noche desfilaba por las calles de Santa Fe de Bogotá se había incorporado un personaje singular cuya elegante silueta y bella apostura varonil era inconfundible: el general Francisco de Paula Santander, vicepresidente de la república se había mezclado con la chusma para celebrar jubiloso un delito militar que juzgaba, con todos los de su partido, disminuía inconmensurablemente la gloria y el poder de Bolívar. Santander, "el hombre de las leyes", arrasaba en girones de ese modo la majestad del pabellón tricolor y sancionaba el desgarramiento de las leyes. Y ojalá fuera sólo esto, ya por sí monstruoso. Porque por su indicación, el secretario de guerra Soublette, solapado enemigo del Libertador desde 1816, como dice Lecuna, contestó oficialmente en nombre del gobierno, la nota que Bustamante envió para comunicar la novedad al gobierno. Era una aprobación completa del motín, de la cual dice el gran mariscal que "es el fallo de muerte de Colombia. No más discipli-

na, no más tropas, no más defensores de la patria. A la gloria del ejército libertador va a suceder el brigandaje y la disolución”.

También recibió Bustamente una carta privada de Santander, sanción escandalosa de la sedición, que puede leerse en el apéndice No. 4, página 539.

Son dos documentos que aplauden y aprueban el motín militar y ponen en un plano muy lejos de la mera sospecha el verdadero concepto que merecía el hombre a quien querían dar y siguieron dando muchos la primacía colombiana de campeón incorruptible de las leyes.

“Colombia ha perdido una división de tropas; pero la república peruana volverá a sumirse en la anarquía de que la habían sacado mis esfuerzos y los del ejército colombiano”, exclamó Bolívar cuando el 12 de abril recibió la noticia del motín; y por otra parte pudo ver, por la actitud aprobatoria del vicepresidente hasta dónde llegaba la mezquindad de sus pasiones; hasta qué punto ellas se ponían a contribución para alcanzar fines inconfesables.

La reacción del Libertador consta en sus cartas: “Como yo no he recibido”, dice a Salom el 14 de abril, “otra noticia que la que me ha dado Santander refiriéndose a los partes de Bustamante, no sé sino lo que ellos dicen; pero por todo veo que el principal móvil ha sido el odio de granadinos contra venezolanos, pretextando sostener la constitución y el poder ejecutivo. Por todo esto conocerá Ud. que estamos en el caso de no fiarnos de los granadinos y tener la mayor vigilancia sobre ellos, no sea cosa que con este ejército quieran hacer lo mismo que en Lima. . . .”

Estas precauciones las repitió a Urdaneta en la misma fecha. Y a Páez: “Al fin se han realizado mis ideas con respecto a Bogotá y a aquello que tantas veces he dicho a Ud. con respecto a Santander. La perfidia y la maldad de este hombre ha llegado a tal extremo que ha soplado la discordia entre venezolanos y granadinos en el ejército colombiano del Perú: los primeros han sido presos en una revolución que han hecho los segundos con el pretexto de sostener la constitución y Santander. . . . Desde luego que el Perú todo ha sido trastornado con este suceso. El principal motivo que han tenido los señores de Bogotá para causar este desorden en el ejército colombiano ha sido la unión que hemos formado Ud. y yo y el no haber destituido a los amigos de Ud. Ellos (los de Bogotá) todo lo hacen por mantenerse en la administración y sembrar la guerra entre venezolanos y granadinos.”

Aquí debemos hacer una observación. Cuando el Libertador escribía a Páez los conceptos que acabamos de extraer de su carta, estaba bajo una deprimente impresión causada por las noticias de la aprobación oficial y aplauso privado con que el vicepresidente, y su gobierno favorecieron el atentado de Lima; además por la indigna participación de Santander en los regocijos públicos promovidos por su partido; sin datos más concretos, la lógica deducción era creer, como el Libertador lo juzgó, que todo había sido planeado por el jefe de gobierno, hombre "intrigante y cizañero" como lo califica uno de los más grandes escritores colombianos, máxime cuando su partido estaba declarando por la prensa la necesidad de romper la unión colombiana disolviéndola en tres repúblicas separadas. En nuestro concepto la sublevación del traidor Bustamante no fue atizada desde la capital de Colombia y tuvo su raíz en los manejos peruanos, convencidos como estaban los corifeos de esta nación de que al arruinar la disciplina de la tercera división auxiliar, eliminaban un probable, y según ellos, seguro apoyo a supuestas miras de Bolívar: su dominación del país incaico y la consolidación del viejo ideal: la confederación de los tres países que le debían la vida. Santander y los suyos sólo se aprovecharon de la para ellos feliz ocurrencia. A nuestro parecer no era necesaria ni siquiera la declaración del traidor Bustamante de que "un sujeto de importancia le indicó que dando un paso en favor del Perú podía recibir en retribución 500,000 pesos, y que para esto no debía hacer más que no oponerse a la agregación de Guayaquil a aquella república, siendo de advertir que por algunas expresiones se dejó entender que así era la voluntad del gobierno", según leemos en Mosquera: y el presidente del consejo de gobierno era Santa Cruz.

A Urdaneta dice Bolívar con fecha 18 de abril: ". Yo deseo con ardor ir hasta Lima a castigar a esos perversos. Presumo que triunfaría de todos mis enemigos con más facilidad que nunca. Si yo fuera un héroe y no un ciudadano, me presentaría en Lima como caído del cielo a dar muerte a aquellos miserables con mi súbita presencia. Es imposible que mil reacciones no destruyan a aquella obra de la iniquidad, y mi venganza la han de ejecutar mis propios enemigos. Del Perú a Colombia se ha de encender un inmenso volcán de pasiones y se han de consumir todos nuestros elementos en sus llamas. Entonces verán si yo era la causa de la desdicha pública, si yo soy el culpable y si yo era perjudicial a la república como dicen. Entonces se verá si la administración de Santander había sembrado todas las semillas del crimen y del mal. Repito a Ud. una y mil veces

que tenga mucho cuidado con sus vecinos los granadinos. En Bogotá se han quitado la máscara y aplauden los crímenes más atroces. Así no debemos extrañar nada por esa parte”.

Pero ¿qué ceguedad se cargaba Bolívar tocante a Santa Cruz y los miembros del Consejo peruano de Gobierno? Mas ¿qué mucho si el mismo Lara, víctima del motín de Bustamante y la tercera división venía con ideas erradas al respecto, que comunicó en Caracas al Libertador? ¡Tan redomada era la astucia con que procedían los enemigos de Colombia y del Libertador!

Mientras tanto el general La Mar andaba por Guayaquil intriguando para levantar la provincia, formar una república independiente y agregarla al Perú, tradicional sueño dorado de esta república. Contra tales manejos había advertido al Libertador en su viaje hacia el norte, el coronel Tomás Cipriano de Mosquera.

Lo que Mosquera informó a Bolívar quedó luego plenamente comprobado. Los gobernantes peruanos, cuyo principal conductor era Santa Cruz, se proponían, según declaraciones hechas por los conjurados coronel Juan Francisco Elizalde y comandante Camilo Peña, confirmadas por los hechos, desembarcar a los traidores colombianos en dos columnas para invadir las provincias de Guayaquil, el Azuay, y Ecuador, y seguir a Pasto hasta el Juanambú; convocar un congreso de los tres departamentos para segregarlos de Colombia y anexarlos al Perú; y agrega Restrepo, todo esto debía ejecutarse bajo el pretexto de sostener la constitución colombiana. Los mismos jefes de la 3a. división dijeron que ellos obraban de acuerdo con el general Santa Cruz, presidente del consejo del gobierno peruano”.

Dejaremos para más tarde seguir, así sea someramente, el desarrollo de esta intriga que tuvo su desenlace feliz para Colombia en el Portete de Tarquí.

Capítulo XXV

1827

LA RANA Y EL BUEY

RESUMEN

Eferescencia en la capital – La oposición al Libertador – No decae su verdadero prestigio nacional – Los tiros se dirigen a la desmembración de Colombia – Otros quieren la federación – Bolívar firme en rechazar la presidencia de la república – Instalación del congreso – Extracto del texto de la renuncia – Cómo la califica la oposición – Los peruanos cierran el puerto del Callao en cuanto ocurre el motín de la tercera división para que no se sepa en Guayaquil antes de la llegada de los soldados – Los embarcan para Guayaquil con auxilios de toda clase – Objetos que se proponían los peruanos – Los rebeldes entran en Guayaquil desprevenido, deponen las autoridades y nombran jefe civil y militar a La Mar, enemigo de Colombia, su patria – Bolívar, al saber estos sucesos, se da cuenta cabal de los peligros que amenazan su obra – Inconsecuencias de Santander y sus partidarios – El carácter de Santander – Su pasiva resistencia a auxiliar a Bolívar en el Sur – Su reciente negativa a proveerlo de tropas para Venezuela – También Santander había renunciado a la vicepresidencia – El apellido liberal – Los serviles, retrógrados o godos – El congreso rechaza la renuncia de Bolívar – Noble aspiración a la legalidad y constitucionalidad de los actos políticos – Actos inconstitucionales menudeaban por parte de Bolívar como del vicepresidente – Lo que debe exigirse en situación como la de ellos – Bolívar ejerció dictadura en el Sur de Colombia para aliviar a los pueblos – Actos dictatoriales de Santander – Comparación de los actos de uno y otro – La campaña de desprestigio se extendía al exterior – Benjamín Constant – Sus ataques y su reconocimiento de la grandeza del Libertador – Bolívar resuelve trasladarse a Bogotá a prestar el juramento constitucional como presidente – Su proclama – Razón para instituir a Páez jefe superior de Venezuela sujeto exclusivamente a él – Bolívar se propone marchar al Sur con su ejército – Conspiración armada que había de capitanear Santander – Santander se excusa “de sus perfidias” – Misión de lord Cockburn – Ofrece a Bolívar su fragata Drúida para su traslado a Cartagena – El júbilo de los cartageneros a la llegada de Bolívar – Santander se agita rabioso – La verdadera opinión nacional – El congreso decreta la reunión de la convención – La oposición redobla sus tiros contra “el tirano” – “Esas tropas con que viaja son innecesarias” – Bolívar estaba al tanto del verdadero peligro: las intenciones peruanas, los realistas, la demagogia liberal – El congreso decreta la reducción del ejército – La protesta del Libertador es acogida por el senado – Santander pierde el dominio de sí – El Libertador llega a Bogotá, jura ante el congreso y declara su adhesión a la constitución – Conducta circumspecta de Santander – Testimonio de Mosquera sobre la inconcebible visita de Santander y conferencia con Bolívar en la quinta Bolívar.

LA CAPITAL DE LA REPUBLICA y al mismo tiempo capital de la antigua Nueva Granada era un hervidero de pasiones. El partido que se enfrentaba al Libertador, dirigido por el vicepresidente e integrado por hombres tan distinguidos e inteligentes como el doctor Vicente Azuero, el Dr. Francisco Soto, Uribe, Restrepo, Gómez, Osorio, se mostraba violento; agitaba la prensa, movía las masas; influía eficazmente en el gobierno, como que el representante del poder ejecutivo era al mismo tiempo quien guiaba sus pasos. No obstante, era imposible anular como quería, el prestigio del hombre a quien debían el poderse agitar de ese modo en un país libre y autónomo.

Por donde hacía su paso se veía elocuente la verdadera opinión nacional, pues a pesar de todos los esfuerzos y maquinaciones Bolívar era recibido y agasajado en forma verdaderamente triunfal. La inquina de los políticos enemigos, sin embargo, se elevaba como la levadura. Los tiros envenenados se dirigieron hasta el corazón del estado: no perdonaron, como obra del Libertador, ni la unión colombiana, y se vio un manifiesto de Azuero que pedía nada menos que la disolución de Colombia. Otros no iban tan lejos; abogaban por la federación. El objeto de ambas fracciones era destruir la obra boliviana.

Bolívar andaba asqueado de tanta baja pasión, de tanta perfidia, de tanta ingratitud, y se mostraba firme en no aceptar la presidencia que se le había conferido.

A todo esto el congreso se instaló en Tunja el 2 de mayo de 1827 en virtud de las facultades extraordinarias de Santander, para salvar cierta dificultad legal, y el 12 trasladó su sede a la capital de la república.

“Cuando supe en el Perú por aviso oficial el nombramiento de presidente de la república que el pueblo había hecho en mí”, son palabras de Bolívar en el notable documento dirigido al presidente del senado el 5 de febrero, “respondí al poder ejecutivo denegán-

dome a aceptar la primera magistratura de la nación. Catorce años ha que soy jefe supremo y presidente de la república; los peligros me forzaban a llenar este deber; no existen ya, y puedo retirarme a gozar de la vida privada.

“ En cuanto a mí, las sospechas de una usurpación tiránica rodean mi cabeza y turban los corazones colombianos. Los republicanos celosos no saben considerarme sin un secreto espanto, porque la historia les dice que todos mis semejantes han sido ambiciosos. En vano el ejemplo de Washington quiere defenderme, y en verdad, una o muchas excepciones no pueden nada contra toda la vida del mundo oprimido siempre por los poderosos.

“Yo gimo entre las agonías de mis conciudadanos y los fallos que me esperan en la posteridad. Yo mismo no me siento inocente de ambición: y por lo mismo, me quiero arrancar de entre las garras de esta furia para librar a mis conciudadanos de inquietudes, y para asegurar después de mi muerte una memoria que merezca bien de la libertad. Con tales sentimientos, renuncio una, mil y millones de veces la presidencia de la república. El congreso y el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable. Nada será capaz de obligarme a continuar en el servicio público después de haber empleado en él mi vida entera. Y ya que el triunfo de la libertad ha puesto a todos en uso de tan sublime derecho ¿sólo yo estaré privado de esta prerrogativa? No; el congreso y el pueblo colombiano son justos; no querrán inmolarme a la ignominia de la deserción. Pocos días me restan ya; más de dos tercios de mi vida han pasado; que se me permita, pues, esperar una muerte oscura en el silencio del hogar paterno. Mi espada y mi corazón siempre, siempre serán de Colombia; y mis últimos suspiros pedirán al cielo su felicidad.

“Excelentísimo señor: Yo imploro del congreso y del pueblo colombiano la gracia de simple ciudadano”.

¡Farsa, hipocresía, para encubrir los aviesos propósitos del tirano! Exclamaron los adversarios y proclamaron sus periódicos ante esta renuncia en que desde luego resaltaban la sinceridad, la nobleza, la altura de sentimientos patrióticos.

Si el Libertador había renunciado antes desde el Perú y renunció ahora genuinamente de palabra, y por escrito expresaba su disgusto del mando, se dirá ¿por qué lo vemos embarcarse el 5 de julio en la Guaira para Cartagena, camino de la capital, a jurar el cargo de presidente? Vamos a explicarlo.

El motín de la tercera división auxiliar del Perú no fue así como así no más. Los peruanos tenían bien echados sus planes contra la integridad de Colombia. Tan pronto como estalló la rebelión cerraron el puerto del Callao, así que la noticia no podía llegar a Guayaquil, primer codiciado objetivo, antes que los sublevados, lo que habría dado pie a preparativos de defensa; y les proporcionaron buques, para transportarlos y convoyarlos, municiones en gran abundancia, como para una larga campaña; dinero para raciones de la tropa, provisiones y otros elementos. Los mandaban a “defender la constitución y leyes de Colombia”, como lo juraron ante el representante de esta república.

Así lograban los peruanos un doble objeto: era el primero alejar, después de haberlas desmoralizado, tropas que podían acaso en cualquier momento oponerse a sus designios de anular la constitución boliviana y desplazar al Libertador de la presidencia vitalicia: aunque para nada de esto tenían necesidad de recurrir a procedimientos infames por cuanto en la carta del 26 de octubre de 1826 de Popayán ya les había manifestado el héroe que los relevaba de todo compromiso al respecto y obraran como quisiesen: colmo de fingida precaución y prudencia no justificadas.

El segundo objeto que se proponían era revolucionar y desmembrar el sur de Colombia, para agregarlo a su república o por lo menos, poner las garras sobre Guayaquil.

Y en efecto, los rebeldes hallaron a Guayaquil desprevenido, sin preparación para la emergencia; sin tropas que oponer a los invasores, sin marina adecuada, sin cañones, Análoga cosa ocurría en los otros departamentos, Quito y el Azuay. Consecuencia, que las autoridades legítimas hubieron de ceder ante el empuje de los veteranos de la tercera división que habían desembarcado en dos columnas a fin de abarcar de una vez los tres departamentos.

Pese a los conatos de resistencia del intendente coronel Tomás Cipriano de Mosquera, las autoridades de Guayaquil se vieron en la necesidad de huir y esconderse, y los rebeldes quedaron dueños de la situación. Fue el comienzo efectivo de la desmembración colombiana por la cual estaban abogando los políticos de la capital. De jefe civil y militar fue nombrado el general La Mar conocido por su ardiente peruanismo, que más tarde había de cometer, como presidente del Perú nombrado ad hoc, el delito de lesa patria de conducir un ejército peruano para invadir su país con tropas extranjeras.

En cuanto Bolívar tuvo noticias auténticas y cabales de estos acontecimientos, se dio cuenta exacta de los peligros que amenazaban su obra. No eran ya la mera declamación académica de sus enemigos, de los ambiciosos de la república unida que acechaban oportunidades de ascender en la escala política y apoderarse del mando supremo; porque si así no fuera no podía explicarse cómo tan pronto ejercía su jefe Santander y aplaudían sus adeptos las facultades extraordinarias que autorizaba el artículo 135 de la constitución—que son facultades dictatoriales—cómo las anatematizaban en manos de Bolívar y lo tildaban de tirano y dictador por hacer uso de ellas; ni podría hallarse razón para que quien ayer aprobó con calor la constitución boliviana sin excluir la presidencia vitalicia, hoy derramase en los papeles públicos, en sus conversaciones, en sus órdenes oficiales, en sus actos, toda la rabia que guardaba inagotable como agua surgente de un pozo envenenado. Tal era, en efecto, el carácter de Santander; y quien con imparcialidad siga su trayectoria política podrá ver sin esfuerzo a qué excesos lo llevó su emulación con el hombre magnánimo, grande y generoso a quien debía su encumbramiento. Pasemos sobre el incidente de La Grita de 1812, cuando pretendió seguir desmoralizando la división que le había dejado Castillo, para que no obedeciese; pasemos sobre ese detalle, porque la desgraciada postura debió olvidarse luego con su noble conducta en el Rincón de los Toros y con su eficaz cooperación en la campaña de 1819 que tuvo tan brillante remate en el puente de Boyacá. Pero es el momento de recordar ahora la indiferencia e inercia, la resistencia pasiva con que trató la ayuda que el Libertador, o lo que es lo mismo, la causa de la libertad necesitaba en el Sur para coronar la obra comenzada con tanto derroche de sangre y energía; que si no fuera por las virtudes cívicas y la infinita reserva de recursos que guardaba Bolívar, sabe Dios si toda la campaña no se hubiera convertido en burla y ludibrio de la América: entre varios detalles recuérdense las intrigas que dieron por resultado privarle del mando del ejército colombiano auxiliar, precisamente, en momentos del resonante triunfo de Junín y en las alboradas de las épicas dianas de Ayacucho.

La envidia es un monstruo amenazante y hoseo que se transforma fácilmente en odio ruin insaciado de sangre inocente de sus víctimas. Acaba de verse cómo el vicepresidente de Colombia negó a Bolívar los recursos y tropas que necesitaba sólo como una reserva para el caso de que fallaran sus empeños pacíficos ante Páez y éste persistiera en su rebelión. El Libertador los sacó de la nada y no necesitó de ellos, por cuanto su prestigio, tacto y recta intención bastaron para someter al rebelde y evitar la guerra civil: ¡Dictadu-

ra, tiranía, ataque a la constitución y la ley! clama el coro santanderista, y las prensas crujen bajo el pesado fardo de los dieterios del partido, y la capital de la república bulle con el hervir de las pasiones desatentadas de los rúbulas y políticos de oficio. Y ni el éxito de la pacificación sin sangre ni la hazaña de haber evitado la inminente guerra civil, bastaron para callar las lenguas maldicientes.

En esto de la renuncia de Bolívar a la presidencia debemos recordar que también había renunciado Santander enfáticamente a la vicepresidencia hasta en el mismo día 12 de mayo en que se instaló el cuerpo legislativo; prestó en esa fecha el juramento de ley y nadie motejó de hipocresía sus antiguas negativas.

También Bolívar, como se ha visto, renunció reiteradamente el puesto eminente a que lo había llamado la auténtica voluntad nacional.

He aquí un nuevo argumento para algazara, disturbios y calumnias en nombre de la libertad.

Ya surgían los apellidos con que los santanderistas se calificaban a sí mismos y motejaban a los contrarios. Los primeros, a cuyo gran número no debía la obra de la libertad ni una gota de sangre o de sudor, adoptaban exclusivamente el nombre de *liberales* que antes a todos comprendía, y dejaban para los antagonistas incluyendo al gran Bolívar, al que conquistó la libertad, los apodos con que los calumniaban y befaban: los de *serviles*, *retrógrados*, y *godos*; y ocurrió que discutiéndose en el congreso si debía o no aceptarse la renuncia del Libertador, un orador liberal se desató en las violentas calumnias de moda para pedir que se acogiese: Bolívar era la negación de la libertad; a lo que un diputado *servil* le contestó: la prueba de que el Libertador ha dado la libertad a los colombianos y ellos la gozan sin restricciones es que Ud. ha podido expresarse como lo ha hecho.

A pesar de todos los esfuerzos la renuncia del Libertador fue rechazada por 50 votos contra 24 índice elocuente de la verdadera opinión nacional.

De inconstitucionales e ilegales se motejaron las acciones e intenciones del Libertador. ¿Por qué las intenciones? Fingían temerle a la implantación de la constitución boliviana, aunque ya era conocido de todos que había abandonado el proyecto de establecerla, en vista de la violenta oposición que había provocado. El 8 de junio había escrito a Santa Cruz: "Nada me importa la constitución boliviana. Si no la quieren, que la rompan como dicen que ya se ha hecho antes de ahora. Yo no tengo amor propio de autor en

materias graves que pesan sobre la humanidad". Esta era a la sazón su tónica, pero a los revoltosos les interesaba la apariencia del temor para tener encendidas cuantas más teas asegurasen la ruina que meditaban de la reputación tan sólidamente arraigada en el corazón de los colombianos.

El capítulo de la constitucionalidad constituía un pecado del que nadie estaba exento, ni tirios ni troyanos. Santander y los santanderistas osaban arrojar sus puñados de piedras aunque ninguno se hallaba exento de pecado. Era una noble aspiración que los actos políticos sin excepción se ajustasen a la norma inviolable de la constitución y las leyes, desiderátum sólo posible en sociedades que han pasado de la esfera precaria de la formación a la categoría de entidad sólidamente constituída y asentada. No era todavía el caso de Colombia ni de país alguno de la América hispana: "la América está todavía en crisálida", son palabras de Bolívar. Lo curioso es que actos dictatoriales menudeaban *por necesidad*, no sólo de parte del Libertador sino también del lado de Santander a cuyo partido sólo interesaba tener ojos para ver y lengua para censurar los actos del antagonista. En semejante situación sólo es dable exigir que quien hace uso de esos recursos extraordinarios no cometa transgresiones del derecho natural, no se aproveche de situación de privilegio para hacer el mal, sino que la aplique a labrar el bienestar general e individual.

No nos estamos refiriendo a la larga y eficaz dictadura que fue indispensable para que el Libertador diera cima feliz a su hazaña al mismo tiempo ética y humana. Estamos con la mente puesta en épocas más cercanas, las de ensayos de república.

Reseñando a grandes rasgos, Bolívar ejerció actos dictatoriales, llámense así o facultades extraordinarias, en el Sur de Colombia a su regreso del Perú. ¿Para qué? Para aliviar la condición de esas gentes que gemían entre las mallas de leyes y reglamentos que ni entendían ni podían soportar; para mantener a los ciudadanos sujetos y obedientes a las leyes; la ejerció en seguida, con el nombre de facultades extraordinarias, durante los meses que duró su viaje y permanencia en Venezuela. ¿Por qué? De otro modo el sometimiento de Páez habría anegado en sangre la república y apresurado su disolución.

Y ¿qué hizo por su parte Santander? Mencionemos tan sólo unos pocos actos, no con el ánimo de presentarlos como justificación de Bolívar, que la tiene amplia y cumplida, y sería por otra parte muy pobre recurso dialéctico, sino para hacer resaltar la sin-

razón de los chismes y alborotos de aquél y los calumniadores, sus copartidarios. Dejemos también de lado la espontaneidad con que el jefe del partido aceptaba en 1819 la asendereada presidencia vitalicia que hoy repugnaba cuando Bolívar no la quería tampoco.

Cuando el 2 de enero de 1827 venció el período presidencial, aunque los dos hombres más caracterizados del país habían sido reelegidos presidente y vicepresidente, las cámaras legislativas no habían podido reunirse. Ante ellas debían tomar posesión para el nuevo período. Fue pues manifiestamente ilegal que tanto el uno como el otro continuasen sus funciones, el uno en Bogotá y el otro en Venezuela. Bolívar tenía la excusa de estar empeñado en un negocio vital para la paz y la integridad nacional; no podía trasladarse a Bogotá a jurar al cargo de presidente. En cambio, Santander había estado ejerciendo la dictadura sin justificación alguna, es decir, fungiendo de vicepresidente después de terminado el período, sin la necesidad que ataba al Libertador. Es más, previendo que el congreso no había de reunirse el 2 de enero de 1827 había pedido a Bolívar la nota a todas luces ilegal y dictatorial de que hemos hecho mención atrás.

Con estos pocos antecedentes preguntamos si el partido santanderista tenía absolutamente autoridad para tomar como pretexto de la inquietud en que tenía sumido al país los actos ilegales de que acusaba a Bolívar, compartidos y aprobados por ellos mismos.

Peró su alboroto y campaña de desprestigio no se limitaba a la extensión de la república. Activamente mantenía campaña en el exterior. En Europa se hizo eco de ella Benjamín Constant que en medios y con la educación de una sociedad madura, con atributos diametralmente distintos de nuestras naciones de entonces, sin estar al tanto de las modalidades de nuestros pueblos, era, como la inmensa mayoría de los hombres del viejo continente, absolutamente incapaz de comprender y valorar a nuestros hombres y nuestras cosas. Su pluma era parte en el coro de descrédito del "dictador", del "tirano"; aunque los rayos de luz de su grandeza no le permitieron ocultar sus enormes méritos, y llegó a estampar frases que suenan como una solemne palinodia: "Si Bolívar desciende a la tumba sin haber ceñido una corona será en los siglos por venir una figura inimitable y singular y única y señera en el pasado".

Reanudando el hilo de nuestra narración diremos que a pesar de las reiteradas protestas de que no aceptaría la magistratura hechas de todos modos a tantas personas y entidades, el Libertador, en vista de los peligros que inició el motín de la tercera división,

de guerra civil, invasión extranjera y desmembración de la unión, es decir, ruina total de su obra querida, asiento de su gloria, decidió dejar las fecundas tareas de reorganización de la cosa pública en Venezuela, muy especialmente, de las finanzas, siempre objeto principalísimo de sus desvelos y partió para la capital.

La última referencia que hallamos a su obstinación de no prestar el juramento es del 16 de junio, en carta dirigida al ilustre Andrés Bello, residente en Londres; aunque en postdata le anunciaba haber variado de resolución. Tres días después, el 19, ya escribía al general Urdaneta: *“Las últimas noticias que me han llegado del sur de la república me han obligado a variar de plan y de posición. Ya Ud. sabe cómo las tropas rebeldes de Lima han invadido a Guayaquil y amenazan desde allí, y desafían a Colombia entera. ¿Puede saberse esto sin sentir la más viva indignación? Usted me ha visto indiferente a las intrigas de Bogotá, aguardar tranquilo el resultado del congreso sin tomar parte en nada, pero cuando el ultraje ha ido hasta invadir la república y emplear las armas para imponer a los pueblos y oprimir la voluntad nacional no es posible resistir a los impulsos del patriotismo y del deber”*.

Y el 29 de junio expresa en una proclama a los colombianos:

“Vuestros enemigos amenazan la destrucción de Colombia. Mi deber es salvarla.

“Catorce años ha que estoy a vuestra cabeza por la voluntad casi unánime del pueblo.

“En todos los períodos de gloria y prosperidad para la república he renunciado el mando supremo con la más pura sinceridad: nada he deseado tanto como desprenderme de la fuerza pública, instrumento de la tiranía que aborrezco más que a la ignominia misma.

“Pero ¿deberé yo abandonaros en la hora del peligro? ¿Será esta la conducta de un soldado y de un ciudadano?”

“Como ciudadano, libertador y presidente, mi deber me impone la gloriosa necesidad de sacrificarme por vosotros. Marcho pues hasta los confines meridionales de la república a exponer mi vida y mi gloria para libraros de los pérfidos que después de haber hollado sus deberes más sagrados han enarbolado el estandarte de la traición para invadir los departamentos más leales y más dignos de nuestra protección.”

Con este grito del patriotismo herido anunció el Libertador los sentimientos que determinaron su decisión de volar a hacerse

cargo del timón del estado. Y más adelante: “¡Colombianos! Yo apelo a vuestra gloria y a vuestro patriotismo: reuníos en torno del pabellón nacional que ha marchado en triunfo desde las bocas del Orinoco hasta las cimas del Potosí. Querredlo y la nación salvará su libertad, y pondrá en plena independencia a la voluntad nacional para que decida sobre sus destinos”. La gran convención es el grito de Colombia, y Bolívar, que había palpado la incomodidad de los pueblos por donde había transitado, desde Guayaquil hasta Caracas, debido a lo inadecuado de las leyes existentes, acuerpó ese ardiente deseo al que da vado en esta alocución: “La gran convención es el grito de Colombia, es su más urgente necesidad. El congreso la convocará sin duda y en sus manos depondré el bastón y la espada que la república me ha dado.”

He allí un nuevo tema para que la oposición inflamase los odios que concitaba contra el Libertador, so capa de violación de la legalidad para su propio provecho. ¿En qué época o episodio de su vida se aprovechó el Libertador de situación alguna, y las tuvo propicias a millares, en su propio provecho? Bien lo sabían sus adversarios pero era preciso arruinar su reputación, su vida, a todo trance.

Me haré cargo de la presidencia, volaré al Sur con facultades extraordinarias, someteré a los traidores que han marchitado los laureles ganados en tantas jornadas gloriosas, que han hollado las inmarcesibles glorias de Ayacucho y pretenden destruir el gran edificio de Colombia para entregar ricos despojos de ella a los peruanos.

Y procedió a dar sus disposiciones.

Si Páez hubiera quedado sujeto simple y llanamente como cualquier hijo de vecino a las autoridades de Bogotá, y dada la inquina que guardaba contra Santander, es seguro que no bien hubiese el Libertador vuelto la espalda, el soberbio y quisquilloso cuanto ambicioso caudillo se habría vuelto a alzar con la autoridad suprema. Para evitarlo ideó el Libertador crear la jefatura superior de Venezuela regida por el León de Apure. ¡Arbitrariedad, ilegalidad del déspota! rugió la oposición. No hay duda de que el paso estaba fuera de lo legal; pero tampoco la hay de que de no hacerlo la nación apresuraría su desmoronamiento. Convenimos también en que los actos llevados a cabo en uso de las facultades del artículo 128 de la constitución estaban bien lejos de ajustarse a una jurisprudencia estricta y normal, por cuanto desde esa fecha la instalación del congreso había cesado, mientras no presentara nuevo jura-

mento, su mandato nacional. Idéntica tacha tenían los actos de Santander. Vengan los rábulas y ambiciosos de la capital y venga Benjamín Constant con su romanticismo nebuloso a remediar una situación que amenaza, por lo revolucionaria, derruir leyes, sacrificar vidas, amontonar despojos embarazosos en el camino del porvenir. Mas los partidos no tienen ojos para ver ni criterio para juzgar sino aquello que les interesa.

Se observa que Bolívar, tanto o más que gobernar desde Bogotá anhelaba por marchar a castigar a los traidores del Sur e impedir la desmembración de la república. A tal efecto hace rápidos arreglos para que le acompañen sus tropas; eso sí, como conocía el estado de sulfuración en que se esforzaba la oposición de mantener al país, notificó al poder ejecutivo los motivos que lo determinaban a marchar con ellas a la capital. ¡Farsa, traición a la república, esas tropas no son otra cosa que instrumento del despotismo! La consigna parecía ser no dejar respiración al “tirano” bajo cuyo dominio se permitía tanto escándalo, tanta calumnia.

Páez debía, como se ha visto, quedar en Venezuela con la reserva, pero no debía comunicarse sino con Bolívar directamente por medio de su secretario general. Hemos de convenir con que en este detalle de la providencia se observa una medida de prudencia ante la realidad del descoco con que se conspiraba contra el Libertador y se pretendía hasta hacerle comparecer como simple particular ante el senado para dar cuenta de su conducta en el Perú. En caso necesario tenía, pensó él quizás, esas fuerzas a sus órdenes para garantizar su vida y la salud nacional.

Una conjuración, en efecto, se había formado en la capital, ese nido de avispas, siguiendo las directivas de Azuero, para promover la ruptura de la unión, y Santander había acordado dejar la vicepresidencia para dirigir esa guerra civil contra “el tirano” y la república. Fue una fortuna que los buenos oficios de Soublette, Castillo Rada, José Manuel Restrepo y otros, lograsen amainar la ira del bilioso vicepresidente y evitarle a la república este nuevo bochorno.

¿Entraría en el plan subversivo echar tierra en los ojos de Bolívar para maniobrar más a mansalva? El 18 de abril éste había escrito a Urdaneta: “Santander me escribe una larga carta de dos pliegos excusándose de sus perfidias y dándome seguridades de su amistad”. Era considerarlo hombre infantil y poco avisado que todavía había de creerle después de las prolongadas muestras de deslealtad que se extendían desde antes de las campañas del Perú.

Donde no habían llegado las noticias interesadas de esos hombres inteligentes cuanto pérfidos y mal intencionados, la gloria y el renombre de Bolívar brillaban con la luz del sol. S.M. británica el rey Jorge IV había acreditado ante el gobierno de la república, ya reconocida por Inglaterra, como lo había sido por los Estados Unidos Angloamericanos y Méjico. El rey agregó a la providencia oficial el envío de su retrato, imagen de un soberano que habiendo resistido constantemente el despotismo del usurpador de Europa, se presenta como el conservador de las libertades de aquel continente.

Terminada su misión Lord Cockburn era esperado en el puerto de La Guaira por la fragata de guerra *Drúida*, encargada de repatriarlo; mas sabiendo la partida del Libertador, galantemente le ofreció su nave para que lo trasladase a Cartagena.

Una imprudente proclama de Bolívar a los venezolanos, y se embarca el 5 de julio en la mencionada fragata. Con él viajaba también Sir Alejandro Cockburn.

Nuevo día de júbilo para los cartageneros el 10 de julio en que ven pisar tierra de su ciudad al héroe amado con cuyo nombre estaba indisolublemente ligada desde los días tristes de 1812: “¡Si Caracas me dio la vida vosotros me dísteis la gloria; con vosotros empecé la libertad de Colombia; el valor de Cartagena y Mompox me abrió las puertas de Venezuela el año 12”, les manifiesta en la sentida proclama con que les da las gracias por la cálida acogida dispensada por la heróica y alborozada ciudad.

Hay a veces en la historia especies que por lo inverosímiles nos hallamos inclinados a no darles crédito. Pasa así con posturas del general Francisco de Paula Santander, cuya verdad desecharíamos de plano si no fuera porque la vemos garantizada por testigo presencial y hombre tan respetable por su posición de ministro del despacho y su honorabilidad como don José Manuel Restrepo. En su historia de la revolución de Colombia expresa: “a pesar de que el mismo Soublette y demás secretarios del gobierno de Colombia aconsejaban de continuo la calma y la moderación al vice-presidente Santander, no podían conseguir libertarlo de que diera algunos pasos en falso. Los doctores Azuero y Soto que formaban su consejo privado tenían mucho ascendiente sobre él, y le arrastraban en sentido contrario. De aquí esa oposición decidida a que se convocara la convención—sin embargo de que ya era un grito nacional el que la pedía—y el decir que prefería la guerra civil a que se convocara; de aquí esas vocife-

raciones de Santander, quien decía públicamente que le sería muy fácil oponerse y vencer en la guerra al general Bolívar, y que ésta debía declarársele para conservar las libertades públicas; de aquí el haber repetido varias veces que si aquellas perecían, hubiera preferido que permaneciéramos unidos a la España; de aquí el decir que entre Morillo y Bolívar quería más bien que el primero volviese a entrar en Bogotá, porque el segundo derramaría igualmente la sangre de los mejores patriotas y entre estos él se consideraba en un riesgo inminente. Lo más admirable es que proposiciones tan escandalosas las propalara delante de su consejo, de algunas diputaciones del congreso y de otras varias personas. Estaba privado de la cordura y circunspección que le demandaba su alta posición social. Dejábase arrastrar por los raptos de sus pasiones y de su genio brusco, que nada respetaba cuando perdía la paciencia; por desgracia esto le sucedía frecuentemente. En aquellos días el congreso era también objeto de sus declamaciones. La tachaba de débil porque no acusaba y destituía al Libertador presidente, declarando todos sus procedimientos ilegales”.

Si tal se mostraba el jefe de la facción no hay que ahondar en el espectáculo de la capital de la república; aunque esa oposición era capitaneada por el jefe del poder ejecutivo la opinión nacional que clamaba por la convención triunfó absolutamente: el 7 de agosto (1827) la reunión de la convención era ley de la república. La algarazara política resultó una realización de la fábula de la rana y el buey.

A todo esto avanzaba el Libertador hacia su destino, pero atento a cuanto tenía que ver con la conservación incólume de la república. El trabajo de zapa de la capital era intenso, la consigna era hacerle imposibles sus miras, no importa qué resultado fatal tuviera todo ello para el país y su porvenir. Bolívar era una pesadilla; arruinar su reputación, ponerlo *hors de concours*: así el campo quedaba libre de un elemento cuya persona y reputación era obstáculo viviente para ambiciones desapoderadas.

No hubo recurso de que no se echara mano para frustrar la posesión de la presidencia por el Libertador. Esas tropas con que viaja *el tirano* son innecesarias: el país está pacificado, el Sur no presenta peligros, no hay enemigos internos ni exteriores. Pero Bolívar conocía mejor que nadie el verdadero estado de cosas en Guayaquil, las verdaderas intenciones peruanas en sus manejos con la tercera división, el peligro de los realistas ávidos de una reconquista, estimulados por las disensiones de los “liberales”; y ese nervioso agitarse y retorcerse del vicepresidente contra el presti-

gio de su persona, que en cualquier momento podía encender el combustible, ya que ese prestigio andaba sólidamente acuerpado por los amigos de éste.

La oposición logró que el congreso decretara que los efectivos del ejército no podían pasar de 10,000 hombres. Al mismo tiempo Santander arrecia su campaña de prensa pretendiendo hacer creer que Bolívar tomaría el gobierno sin prestar el juramento reglamentario; y su "impotente rabia" lo llevó, según Restrepo, a notificar al congreso que estaba firmemente resuelto a no entregar el mando; y pretendió que el gobierno por medio de una circular, diese intervención en la política colombiana a naciones extranjeras.

Mientras tanto el grande hombre se hacía cargo cabal de la situación, viene esta medida de reducción del ejército cuando la tercera división auxiliar del Perú, después de intentar la desmembración de la república para agregar al Perú jirones de su suelo, proclama ahora la federación, paso conducente al traidor intento; y esto mientras los españoles reúnen en las Canarias fuerzas para la reconquista, estimulados por los alborotos de los partidos, el menoscabo que en los últimos tiempos han experimentado la moral y la opinión pública. ¿Cómo podrá la misma convención nacional obrar el bien que de ella se espera, con la república despedazada y en inminente riesgo de perder toda autoridad? Cada vez se hace más imperiosa la necesidad de atender a nuestra defensa contra el extranjero y conservar la unidad política, el orden y la ley, y sin embargo, se manda reducir el ejército, garantía de esos fines. Las intenciones de quienes han sorprendido así la buena fe del congreso y engañado lo tocante a la verdadera situación de la república, son manifiestas. Se alega que la penuria del tesoro no permite los gastos de uno y otro ejército. No es argumento para dejar el país expuesto a la reconquista, a la anarquía, a las siniestras intenciones del Perú. La república está disuelta y la reducción del ejército hace imposible el remedio. Por todas partes se clama por reformas y cada día se añaden dificultades a la reunión de los apoderados del pueblo; no puede esperarse que después del agigantado paso que han dado en contrario los departamentos del Sur concurren a la convención sino en actitud hostil, no a deliberar sino a transar. No se haga incapaz a la fuerza pública de defendernos contra la invasión extranjera por reducirla con el pretexto de adecuarla a las necesidades públicas. Aunque el congreso no participa en el atroz deseo de los que quieren anonadar a la patria, las medidas que se le han recomendado no pueden tener otro efecto.

La penuria del tesoro que se invoca no es motivo para una medida suicida. Exhausto estaba también en los cuatro departamentos del Este, y con una prudente economía y el restablecimiento del orden por mí pudo establecerse el equilibrio entre las rentas y los gastos. El ejército requiere aumento más bien que disminución, y la hacienda una reforma. “Si se prohíbe lo uno y lo otro, si se niegan al ejecutivo las facultades indispensables para salvar la república, yo no me encargaré de la presidencia. No está bien a quien ha envejecido antes de tiempo por que Colombia tuviese existencia y leyes, el presidir sus funerales, ni entregar sus miembros ensangrentados a los enemigos que ha vencido o que ha liberado”.

Brillante fue la protesta que sobre estas ideas escribió en Cáchira el 24 de agosto y envió al senado con su edecán Wilson. Resuelto estaba a detenerse en El Socorro para esperar allí la respuesta y tomar su determinación. Su alegato, sincero, concluyente, convenció al augusto cuerpo de las infames y antipatrióticas maquinaciones de los santanderistas, y no vaciló en una resolución equivalente a una elegante palinodia: Venga V.E., jure V.E. el cargo, tome V.E. posesión, y entonces haga todas las observaciones que le inspire su patriotismo.

Y Santander se quemaba en el fuego de su ira mezquina, tanto más destructora cuanto más impotente se sentía ante el prestigio y las virtudes del Libertador. El vicepresidente había perdido el dominio de sí mismo: mis secretarios son insensibles ante el peligro que corre la libertad. Yo estoy convenido con doce jefes militares para formar una expedición y marchar al Sur a apoyar esos departamentos, si es cierto que han resuelto separarse del resto de la república y formar una federación. Hay que hacer la guerra al Libertador. Y agrega Restrepo: “Repitió entonces por la centésima vez que la deseaba ardientemente, pues le aborrecía de muerte, y que allí le opondría las barreras formidables del Juanambú. Los secretarios le improbaron todos estos proyectos que manifestaban tan poca circunspección y cordura, al mismo tiempo aconsejaron a Santander que si no creía segura de la venganza de Bolívar su persona debía renunciar nuevamente la vicepresidencia e irse a viajar mientras pasaba la tempestad.”

El Libertador no estaba ignorante de ninguno de estos detalles. Pero continuaba su camino, si amargado por tanta injuria, consciente de su virtud y su grandeza.

De Cipaquirá destaca un mensajero para ante el presidente del senado: Ruego al H. Sr. presidente del congreso que mantenga

reunido el cuerpo, por cuanto me propongo llegar directamente a rendirle el homenaje debido y tomar posesión del mando a mi entrada en la capital.

Y así ocurrió con toda puntualidad. El 10 de septiembre a las 3 de la tarde entró directamente al convento de Santo Domingo donde estaba reunido el cuerpo legislativo esperándolo. Don Vicente Borrero, su presidente, le recibió el juramento, después de lo cual el Libertador pronunció un breve y expresivo discurso en que protestaba su adhesión a la constitución y las leyes, y prometía entregar a la gran convención la república libre y unida.

Santander lo recibió luego en el palacio de gobierno con la apostura de un caballero y la dignidad de su alta investidura.

Y el general Tomás Cipriano de Mosquera refiere que al día siguiente el vicepresidente llegó a la quinta de Bolívar en las faldas del Monserrate, pidió entrevistarse con éste, trató de justificarse por la aprobación de los actos traidores de Bustamente y le dijo que Colombia estaba en una gran crisis y su existencia pendía únicamente de la vida del Libertador, etcétera. Termina Mosquera su relación con estas palabras: “Esa tarde fueron los secretarios de estado a discutir algunos negocios de estado con el Libertador y les refirió lo que había pasado. Todos ellos se admiraron y dijeron al Libertador: no crea Ud. en la sinceridad de Santander. Desde que partió Ud. para Venezuela el general Santander cambió completamente, y se ha unido a los Azueros y otros liberales, con quienes tenía antes constantes disputas y se ha entregado completamente al doctor Soto. Debe hacer algo que nosotros no alcanzamos a comprender”.

Capítulo XXVI

1827-1828

FERIA DE PASIONES EN OCAÑA

RESUMEN

Temor y fuga de diputados y periodistas — Magnanimidad del Libertador — Sus empeños de pacificación — El asunto de la convención — Ventajas de la oposición en las elecciones — Compás de espera en la agitación partidaria — El congreso aprueba las anteriores medidas de Bolívar — El Sur pacificado — Grave error de Bolívar tocante a una petición de Santander — Rebelión realista en Venezuela — José Domingo Díaz y José Arizábalo — Falla de coordinación de las guerrillas realistas de la costa con los buques de auxilio — Novedades en los demás departamentos — Bolívar resuelve dirigirse a Venezuela y se declara en ejercicio de las facultades extraordinarias en Venezuela — Incidentes de El Zurriago y El Incombustible con los coroneles Luque y Ferguson — Extiende el ejercicio de las facultades extraordinarias a toda la república excepto la ciudad de Ocaña — Sale de Bogotá el 14 de marzo de 1828 — Páez le notifica que Venezuela está pacificada — Bolívar se detiene y permanece en Bucaramanga — La rebelión de Padilla — Sus orígenes — Padilla capitanea a los revoltosos — Desórdenes en la ciudad de Cartagena — Montilla saca las tropas de Cartagena — Padilla huye a Mompox — Oficia primero a Bolívar y en seguida a la convención — Los convencionales reunidos a la sazón en Ocaña no forman quorum — Dan a Padilla una respuesta aprobatoria en nombre de la convención — La revocan al día siguiente y dan otra más moderada — Padilla hace arreglos con los santanderistas para capitanear una rebelión en Mompox — Mompox ocupada por fuerzas de Montilla — Padilla regresa a Cartagena — Es aprehendido y remitido a Bogotá — El error de Bolívar en la campaña para elegir convencionales — Santander obraba con entera libertad — Ahora federalista, antes centralista — El sólido prestigio de Bolívar — Bolívar remite su mensaje con O'Leary, quien tiene orden de permanecer en Ocaña mientras dure la convención — La junta usurpadora pretende anular la elección de Juan de Francisco Martín por "godo" — Otro tanto quiere hacer con la de Briceno Méndez — Sus pretextos — Impugnación de Miguel Peña — Ejemplo que aún suele imitarse en América — O'Leary presenta el mensaje de Bolívar — Inconsecuencia de los santanderistas — Triunfo del partido boliviano en el problema del sistema unitario — Los dos proyectos de constitución — Se propone que se llame al Libertador para asesorar a la convención: palabras de repudio de Santander — Veinte y un diputados resuelven separarse de la asamblea — Error de Beralt y Díaz al atribuirlo a instrucciones de Bolívar — Bolívar soportaba con serenidad las calumnias y vejaciones de sus enemigos — Resolvió regresar a Bogotá — Oficia al Consejo de Gobierno para que medite lo que debe hacerse sobre la convención — Esta se disuelve — Las manifestaciones populares y el acta del 13 de junio en Bogotá — El Consejo aprueba el acta — Su respuesta a Bolívar — Los pronunciamientos en toda la república.

ACONTECIO QUE a la aproximación y la victoriosa presencia del Libertador muchos de los hablantines de las cámaras legislativas, Azuero, Soto, Uribe Restrepo y otros muchos alborotadores de columnas de los diarios, conscientes de los excesos de sus lenguas y plumas maldicientes temieron represalias; y aquí fue el temblar de miedo y el correr veloz y el esconderse para eludir las venganzas del "tirano". ¿Era acaso desconocido para algún colombiano el carácter generoso y magnánimo del presidente, su singular virtud de deponer la cólera casi al instante de concebirla? Vayan a decir a esos señores que salgan luego al punto de sus escondites, que se muestren sin temor, que respiren la libertad que les ha conquistado mi espada, que no abrigo absolutamente ningún sentimiento contra ellos, y aun en el caso de que me sintiese afectado por ellos, ahí están las leyes que los protegen.

Espléndido comienzo de la pacificación de los ánimos tan ardentemente anhelada por el héroe. Era a la sazón uno de sus mayores empeños, si no el más grande, en cuya virtud no cesaba en consejos y órdenes verbales y escritas a todas las autoridades del país: Concordia, paz en la familia nacional para obtener la tranquilidad necesaria a fin de lograr la urgente recuperación nacional.

Y en efecto, este temperamento pareció calmar un tanto la exacerbación de los partidos. Debajo de la superficie, no obstante, ardían gruesas piezas de combustible. Era la principal de todas el grave asunto de la convención nacional decretada al fin por el cuerpo legislativo. Debía reunirse en Ocaña el 2 de marzo de 1828.

La convención era deseada por la mayoría de los pueblos que sólo en ella veían el remedio de los azares que experimentaban bajo el imperio de la constitución de Cúcuta de 1821. Pero existía una valla legalmente insalvable, y es que la referida carta nacional establecía expresamente su inviolabilidad hasta el año de 1831. En torno a este código había sido el pretexto para la oposición de los "liberales" quienes temían además que al obtener sus contrarios mayoría en las urnas, la convención robustecería más el influjo de los "serviles", restándoles a los primeros mucho de su poder y elevando más aún el prestigio de Bolívar. Como se ha visto, el cuerpo legislativo optó por escuchar el clamor de los pueblos y desatender el texto de la ley. La medida adolecía de ilegalidad, no es posible negarlo; pero ellos prefirieron intentar el remedio del malestar general a dejar que se agravase por atenerse a un precepto que juzgaban inadecuado a lo que pudiéramos llamar el estado biológico de "la crisálida", y que podía darle muerte antes de lograr su desarrollo. Una vez resuelto el problema con la ley apro-

bada por las cámaras, no se desanimó el partido opositor; por el contrario, comenzó a trabajar con ardor para llevar sus adeptos a la convención.

Los santanderistas tenían sin duda una gran ventaja sobre los bolivianos: la organización. Adolecían grandemente estos por ese concepto. La organización, la audacia y falta de escrúpulos eran un valioso aliado de aquellos. Mientras Bolívar, llegado el momento, ordenaba a los militares, los empleados públicos y amigos en general, que prescindieran de todo proselitismo en las elecciones de convencionales, Santander tomaba parte activa en ellas por sí y por los jefes de partido subordinados a él y por los numerosos adeptos que tenía por su larga gerencia de la república; y esa delicadeza del presidente daba por resultado que a los bolivianos les faltaba dirección adecuada, origen de desaliento profundo y de falta de unidad; en estas condiciones era imposible la esperanza del rotundo triunfo que habría asegurado su reconocida mayoría de opinión.

Las medidas del congreso y la actitud generosa y conciliatoria del Libertador mostraron un ligero compás de espera a la cruda guerra en que se debatían los partidos. El congreso impartió su aprobación a todas las medidas dictadas en ejercicio de las facultades extraordinarias y otorgó al ejecutivo amplias autorizaciones para obrar en ramos diversos: instrucción pública, obras públicas, rentas municipales, grados militares, hacienda nacional, en una palabra, le dio testimonio de la confianza en sus capacidades y patriotismo. No se engañaban los legisladores—como no podía ser de otro modo—en los políticos ambiciosos que necesitaban la eliminación del hombre que sin quererlo se erguía como un obstáculo insalvable para su impaciencia de grandeza y poder.

En pocos días su actividad y dedicación desarrollaron una labor eficaz y asidua.

Pero quizás tengan razón los historiadores que censuran al Libertador un hecho que, evitado, podía haber suavizado los efectos de la probada inquina de Santander. Cuando éste le pidió que se examinara su conducta para que se declarase si sus manos estaban puras de pecado en el manejo del tesoro público, si durante el ejercicio de su cargo se había mezclado en negocios de alguna naturaleza, bien fácil le habría sido, declarando llanamente su inocencia, borrar de una plumada el efecto venenoso que ciertas palabras imprudentes de éste habían producido de tiempo atrás en el ánimo de aquél. Es que a Santander se le acusaba de haber malversado los fondos del empréstito, y en tocando temas de manejo de dinero el Libertador sí que era intransigente.

Dado el carácter de Santander no creemos que la medida hubiese cicatrizado el rencor que desgarraba su pecho; pero al menos habría suministrado un testimonio más del carácter de ambos. Por cualquier motivo, ya sea intransigencia, inadvertencia, convicción de que el camino adoptado era el mejor, cualquiera, menos el intento de ofenderlo, el Libertador optó por elevar al congreso la petición, que al fin y al cabo quedó sin ser resuelta. Se señala el incidente como un nuevo combustible para el rencor que hervía en el pecho del vicepresidente.

Atrás se han reseñado ya incidentes de la sublevación de la tercera división auxiliar del Perú y cómo ésta vino a invadir las provincias sureñas bajo intrigas del Perú contra la integridad del país y sus libertadores. Después de episodios en que cupo varia suerte a colombianos y rebeldes, éstos hubieron de someterse a causa principalmente de la acción y movimientos de los generales José Gabriel Pérez, Ignacio Torres y Juan José Flores y por el momento las regiones meridionales de Colombia, pacificadas y en apariencia tranquilas, no necesitaron la presencia del Libertador, que para ella venía dispuesto desde que se ausentó de Venezuela. Es significativo que el colombiano La Mar, ardiente amigo del Perú, fue designado por los rebeldes intendente de Guayaquil; y debe tenerse en cuenta para formar un cuadro completo de los trabajos subversivos contra Colombia, que fue nombrado en seguida presidente del Perú. Después se verá cómo le pagó su traición esta república cuando el gallardo Sucre le infligió memorable derrota en Tarqui.

Pudo ya prescindir de la anunciada expedición al Sur, pero escrito estaba que no debía haber tregua para su corcel de guerra. La revolución contra España estaba terminada en Venezuela; mas como la yerba arraigada en un jardín y erradicada al parecer por completo resurge inesperadamente y amenaza ahogar las plantas que la rodean, ahora levantan la cabeza focos realistas—venezolanos cuyos sentimientos no pudieron ahogar ni las rotundas jornadas que tantas glorias dieron a su patria—y reaparecieron en forma de guerrillas que ocultamente habían estimulado en la complicidad del silencio mientras rugían los partidos en Colombia, los capitanes generales y demás funcionarios de las islas de Cuba y Puerto Rico. No menos se podía esperar en paz de las glorias de Boyacá y Carabobo con su Libertador como garantía de permanente victoria, unánimemente respetado y acatado, convertido en víctima de aspiraciones desapoderadas que pretendían eliminar al único garante de prosperidad y seguridad nacional.

Decimos pues que había en Caracas un hombre, un abogado que desde los primeros momentos de la revolución de la independencia se manifestó irreconciliable enemigo del movimiento nacional. El era eficaz espía de los españoles; él escribía en los periódicos realistas contra la obra patriota; él tergiversaba y falsificaba las cartas y notas de los patriotas; él falseaba las noticias o las inventaba a favor de la causa realista; él, en fin, causaba todo el mal que le inspiraba su negra pasión a los que lidiaban por una causa que al fin de cuentas vendría a resultar en provecho suyo no obstante su conducta de enemigo.

Para esta época José Domingo Díaz gozaba aún de la vida y abrigaba las mismas pasiones que antes, aumentadas quizás por el fracaso de sus gestiones y movimientos antirepublicanos. Servía de lazo de unión entre los diversos focos o guerrillas realistas—que fueron apareciendo en diversos puntos del llano alto de Caracas, y en el valle del Tuy—y con las autoridades de Cuba y Puerto Rico. Entre las guerrillas una muy importante y audaz era la de Cisneros, que efectuaba correrías hasta muy cerca de la capital.

La audacia y actividad de esta guerrilla aumentó notablemente desde el mes de agosto; y era que José Domingo Díaz estaba en plena actividad, con un antiguo oficial realista, José Arizábalo, a quien se había permitido quedar en Caracas. Este figuraba ahora como comandante general de todas las guerrillas, puesto para el que había sido designado por el capitán general de Puerto Rico.

Afortunadamente falló la coordinación entre los movimientos de estos facciosos y los buques despachados para proveerlos de dinero, alimentos, armas, oficiales y demás elementos de guerra; y el peligro cesó por los lados de la costa.

Pero el estallido realista no había de ser sola y aisladamente en la costa sino que había de ser conjunto en toda el territorio de Venezuela; y Páez, alarmado, se puso pronto en campaña. Logró caer rápidamente sobre una peligrosa guerrilla en Los Teques, tan importante, que llegó a contar más de tres mil unidades. Con la captura de muchos jefes que breve y sumariamente fueron ejecutados, se dispersaron hacia sus guaridas.

No fueron éstas las únicas novedades que aquejaban a la antigua capitana general. Los departamentos de Barinas, Coro, Guayana y Cumaná, se vieron igualmente agitados más tarde, en el mes de octubre, unos por adeptos del rey, otros, por causa de rencillas lugareñas, otros por vengar supuestos ultrajes y otros para huir de justos castigos, todos con espíritu de rebelión y disconformidad.

Ya desde el 19 de febrero se había revestido Bolívar de las facultades extraordinarias, pero sólo para los departamentos de Maturín, Venezuela, Orinoco y Zulia, los afectados por los levantamientos realistas. Pero un nuevo decreto hubo de extenderlas a toda la república, excepto la ciudad de Ocaña. Tuvo su causa en desórdenes provocados por excesos periodísticos de *El Zurriago* y *El Incombustible* de Bogotá, que como otros papeles, publicaban artículos virulentos e injuriosos contra el gobierno y contra el ejército, que orientaban disturbios y atentados de militares, como los coroneles Luque y Ferguson que llenos de ira empastelaron la imprenta en que se imprimían, y castigaron de obra a los impresores. Luque y Ferguson, es cierto, fueron debidamente juzgados y sancionados, pero los incidentes convencieron al Libertador de que la terrible agitación surgente de las ambiciones y mantenida en estado de ebullición por los jefes, políticos y la prensa con libertad ilimitada para insultar y calumniar, no podían dominarse con los medios ordinarios.

Con respecto a la prensa recibió representaciones de padres de familia y muchas otras personas honorables para que obligara a moderar los excesos contra la honra de las personas, la paz doméstica y la tranquilidad social. El Libertador, en vez de medidas drásticas se limitó a librar circulares a sus amigos, las autoridades y demás ciudadanos, para que aconsejaran a los periodistas la moderación y el respeto a los ciudadanos como a las autoridades, para no verse él en la necesidad de recurrir a medios dolorosos para reprimir los abusos de la libertad de imprenta.

Conocida la consigna de acabar con el "tirano" a todo trance, no es necesario agregar que los dos decretos aludidos así como el temperamento conciliador adoptado según se acaba de ver, fueran objeto de los tiros envenenados de la oposición "liberal".

En medio de estas atenciones no descuidó Bolívar, tal era su costumbre, la de proveer a la mejora de la situación fiseal, y así dictó medidas sobre el cobro o modificación de los impuestos, descuidados grandemente, y reglas para mejorar su administración: en este ramo había recibido la república en situación de desequilibrio endémico entre los ingresos y los egresos.

Como presidente en ejercicio se ausenta esta vez el 14 de marzo para Venezuela habiéndolo anunciado así a Páez y a María Antonia su hermana, y después de delegar el mando en un Consejo de Gobierno encargado del despacho de los negocios ordinarios, formado por los señores José María Castillo y Rada, José Manuel Restrepo y Estanislao Vergara. Como Castillo era convencional, lo

reemplazó don Nicolás Tanco. Secretario de guerra fue nombrado el general Rafael Urdaneta; secretario de Marina, el general Carlos Soubllette, que como antes Revenga, debía acompañar al presidente, entenderse con el consejo de gobierno y comunicar las disposiciones del Libertador. No se dio pues, ahora el caso irregular que en su anterior expedición sobre Venezuela, de un vicepresidente encargado del poder ejecutivo desde Bogotá y al mismo tiempo un presidente fuera de Bogotá con facultades extraordinarias.

Se pone en marcha para Venezuela. Mas ocurrió que en llegando a Sátiva, camino de Cúcuta, recibe de Páez noticia de que el país está ya pacificado y la escuadra española que merodeaba por la costa en apoyo de las guerrillas había desaparecido. Es inútil continuar en la dirección primitivamente trazada; y cómo era imposible que tuviese reposo esa vida dedicada a la acción, a la defensa de la patria y a la consolidación del país, y como las calamidades no se circunscribían a un solo sitio, sino que reventaban como bombas infernales por todos los extremos de Colombia, una nueva hiere sus oídos: la rebelión del almirante Padilla en Cartagena.

Simultáneamente con las favorables noticias de Páez le llegan las de este nuevo acaecimiento.

Su origen no fue otro que las rivalidades profundamente fermentadas entre los militares granadinos y venezolanos. Muchos de éstos redactaron una representación a la convención. Apelaban a la consideración de sus servicios y sufrimientos, para que se remediasen las injusticias de que eran objeto por las leyes, para que se les pagasen sus sueldos y se les reconociesen sus prerrogativas. En el batallón Tiradores hubo oficiales que no quisieron firmar el documento y éste fue el comienzo de la rebelión que encabezó Padilla. Salieron a relucir los remoquetes de serviles para los firmantes y liberales para los no firmantes que capitaneó Padilla; menudearon las juntas de color sedicioso, y Padilla con los suyos recorría la ciudad: guárdense de oponérsenos las autoridades de la plaza; que yo en el momento que quiera conmoveré el pueblo; guárdense de poner la mano sobre los míos, sobre los liberales que están bajo la protección de mi espada. Y Padilla fue así cobrando alas y manteniendo el desorden y la zozobra consiguiente. La ciudad, de la que se convirtió en árbitro, destituyó de su puesto al comandante general Montes y al intendente, e hizo que lo sustituyera el coronel Juan Antonio Gutiérrez de Piñares.

El general Mariano Montilla, comandante general del departamento, se hallaba a la sazón en el pueblo contiguo de Turbaco, y al tener noticia de los sucesos resolvió hacer uso de las facultades

extraordinarias para que estaba autorizado, y oculta y discretamente saca de la plaza en la noche los cuerpos militares que guarnecían la ciudad; los pocos soldados que quedaron en ella escapan y se le unen también. Padilla pretende ser reconocido como comandante general; no lo logra, y viendo el fracaso se escapa y huye a Mompox, desde donde oficia al Libertador, que se hallaba ya en Sátiva, refiriendo los hechos a su modo para hacer caer la responsabilidad en Montilla, a quien acusaba de haber dado un golpe de estado, es decir del delito meditado por él. Al mismo tiempo escribe a la convención que se estaba reuniendo en Ocaña y aun no tenía número suficiente para constituir quorum, aunque se había arrogado actos propios de ella. Padilla manifiesta a la convención que pasará a Ocaña “a ofrecer su persona, su influjo y cuanto le perteneciera, en defensa de la convención”. El doctor Francisco Soto, que se había alzado con la presidencia de la ilegal junta actuante como convención propuso y fue aceptado el 17 de marzo, que se manifestase al general Padilla, héroe y mártir de la libertad, la gratitud de la diputación por el celo en favor del orden público, observancia de las leyes y seguridad de la convención que en los días 5, 6 y 7 del corriente había demostrado en Cartagena, según aparecía de su comunicación y documentos. No puede darse más elocuente modelo de desvergüenza demagógica alias democracia. La propuesta fue aprobada por 26 de los presentes contra 11.

Santander secundó la moción de Soto, y contestando al diputado Francisco Aranda que la adversaba manifestó, según O’Leary, que él era uno de los que padecían en Cartagena por este motin; que no podía menos que dar las gracias al ilustre general Padilla; que las daría siempre como representante, como vicepresidente, como general, y como Santander; que nadie debía dudar de la verdad de la exposición del general Padilla porque él (Santander) *que estaba acostumbrado a mandar naciones*, sabía que cuando un jefe da parte de un acontecimiento de esa naturaleza se le da toda fe. Al replicar el diputado Santiago Rodríguez dijo que la asamblea nada tenía que hacer con la gratitud que el general Padilla debía (debía al individuo que acababa de hablar), que él no reconocía el favor que había hecho Padilla a la asamblea, etcétera “Soto se puso furioso, quería erigir una estatua a Padilla, el prototipo de los grandes hombres y hombres liberales, y quería que se votase la moción”. Pero como interviniere Aranda con muy buenas razones, “viendo Soto que el discurso de Aranda iba a producir grande efecto si permitía a los diputados meditarlo, cerró la discusión y fue votada la moción y afirmada por una mayoría considerable”.

Algunos diputados avergonzados quizás de lo que habían hecho se arrepintieron de su conducta y no había pasado una hora cuando Espinal, que como todos los caraqueños con excepción de Manrique e Iribaren votaron afirmativamente, hizo la moción de revocar la anterior resolución de la asamblea para tomarla otra vez en consideración; Aranda y Narvarte la apoyaron, discutióse un poco y Soto, temeroso del resultado levantó la sesión.

“Espinal parecía inclinarse al partido de Santander al principio, pero desde el 17 ha cambiado enteramente. Ahora está trabajando un discurso en favor de una moción que va a hacer el día que se reúna la convención para que se expulse a Santander. Hermoso, Merino, Aranda y Rodríguez lo van a apoyar. Funda su moción sobre las siguientes razones: que Santander es parte del ejecutivo; que ha estado frente a la administración por muchos años; que varios diputados le han merecido favores y han obtenido empleos de él, que puesto que se dice que hay dos partidos, y a la cabeza de uno está el general Santander, la convención que no es más que una mediadora entre partidos, lo debe excluir de su seno, y finalmente, que hasta ahora no ha tratado sino de aumentar los sueldos.

Afortunadamente el diputado por Caracas Espinal manifestó al día siguiente que los diputados presentes no tenían derecho de expedirse en nombre de la convención, y revocándose lo resuelto se acordó una contestación menos desvergonzada en el sentido de que los diputados habían visto con complacencia los sentimientos de respeto manifestados por Padilla hacia la convención.

Padilla se trasladó seguidamente a Ocaña donde recibió la respuesta mencionada y entró en tratos con Santander, Soto y demás santanderistas para capitanear una revuelta que había de estallar en Mompox, a donde volvió el rebelde, mas encontrando el lugar ocupado por fuerzas despachadas por Montilla, regresó a Cartagena, donde fue reducido a prisión no bien hubo llegado, y remitido a Bogotá para su juzgamiento.

Fue error no pequeño de Bolívar la recomendación impartida a los amigos y a los empleados de la administración pública con el fin de que se abstudiesen de ingerencia alguna en la propaganda de las elecciones. Fue un acto de extremada delicadeza que debió haber comprendido resultaría en contra de sus patrióticos ideales de tranquilidad, paz, cohesión de la familia colombiana, estabilidad y unidad nacional. Censurable mil veces es que el jefe del estado y sus subordinados se valgan del ascendiente que les da su posición para lograr el triunfo de un candidato determinado, pero raya en lo

necio pedir a sus amigos que se contenten con dar individualmente sus sufragios, sin buscar los adeptos y acrecentar su número mediante la honrada persuasión y la dirección organizada de la campaña. Otra cosa sería lo que, no obstante tanta prédica de libertad, de igualdad, de democracia, se observa todavía en la mayoría de la América, donde, no iniciada siquiera la lucha electoral, ya se sabe quién o quiénes serán ungidos con los votos populares, con sólo tener en cuenta las militantes simpatías de los máximos gobernantes.

Esa actitud de Bolívar y los bolivianos debilitó, desconcertó a éstos hasta desanimarlos; mientras los contrarios, veteranos en trapacerías de trastienda, probadamente sin escrúpulos tocante a principios, evidentemente maleables para predicar clamorosamente hoy lo que detestaban ayer y viceversa, y con organizaciones inteligentes, llevaban todas las de poner en la convención una amplia mayoría que lograra su empeño capital de eliminar “al tirano”. Mientras tanto, dice Mosquera, “fue grande la agitación en Colombia en los meses de enero y febrero con motivo de las elecciones para diputados a la convención. Santander trabajaba con entera libertad promoviendo una oposición sistemática al Libertador y proclamando la reforma constitucional en sentido de una forma federal, que antes había combatido”. Esta última observación, que puede aplicarse a muchos de sus amigos y a muchos de los principios que en el momento profesaba, debe tenerse muy en cuenta para juzgar de la sinceridad y respetabilidad de sus principios de ahora.

Así y todo, no pudieron jactarse del triunfo: tan sólido era el prestigio y la fe de la nación en su padre y Libertador. Pero las causas reseñadas le dieron un triunfo magro que con el correr de las horas fue poco a poco desvaneciéndose hasta obligar a los que permanecían firmes a romper el quorum de la asamblea para no contribuir al hundimiento de la república.

La convención, convocada para el 2 de marzo, no pudo reunirse en esa fecha por falta de quorum: no habían alcanzado a llegar los legisladores de muchas circunscripciones distantes, pero como se ha visto, ya en esa fecha habían acudido, si no todos, muchos de los más fogosos adversarios, incluyendo el general Santander, cuya elección era de legitimidad muy discutible, por cuanto era miembro de la administración.

Bolívar había redactado anticipadamente su admirable mensaje a la convención que podrá leerse íntegro en el apéndice número 5, página 541; y contando con la reunión de la asamblea el día fijado,

dos de marzo, lo despachó desde el cuatro del mismo mes con su edecán O'Leary, quien llevaba además orden de permanecer en Ocaña durante todas las sesiones y marchar después a Venezuela a reunirse con su jefe.

Interesantes datos pueden leerse en las relaciones que día a día iba escribiendo el célebre irlandés para el Libertador. El 15 de marzo escribe: “Hasta ahora según entiendo, Ocaña no ha sido más que una feria de pasiones, donde los hombres se han reunido con el objeto de vender sus caprichos. Al examinar los registros de las elecciones de Cartagena, quiero decir, de Río Hacha, los señores general Santander, Montoya y Arrubla, quisieron probar su nulidad alegando que el señor Juan de Francisco Martín es un godó”. Debemos recordar que godó significaba amigo de Bolívar. Y continúa O'Leary: “El nombre de este caballero fue groseramente atacado, y vulnerado aun su honor por los dos contratistas y el malversador de los fondos del empréstito; pero fueron abandonados en esta ocasión por sus partidarios: ninguno de ellos lo apoyó”. Recuerdese que la constitución de esta junta como tribunal examinador de credenciales fue un acto eminentemente ilegal presidido o asesorado por “el hombre de las leyes” y celoso guardián de la constitución, pues la convención no se había instalado todavía.

Lo que quisieron hacer con Juan de Francisco Martín pretendieron hacerlo con el general Pedro Briceño Méndez. “Parece que este general obtuvo en Barinas gran cantidad de votos; otros dos quedaron empatados; pero dijeron los que querían anular la elección de Briceño, que en el acta no constaba que se hubiese hecho el sorteo. Trataron de invalidar las elecciones de una provincia (creo que la de Cumaná), porque en el oficio del presidente del colegio electoral se dice que fueron nombrados canónicamente y que la palabra tiene cuatro acepciones”. He aquí jugarretas y lecciones aprovechadas en la América todavía a distancia de más de 133 años.

En este detalle de las impugnaciones de credenciales habría mucho que señalar. Basta agregar que impugnaron las del doctor Miguel Peña basados en que tenía causa pendiente bajo la acusación de malversación de caudales públicos. Cuando en su anterior campaña en Venezuela, Bolívar declaró una amnistía general que después fue aprobada por el congreso, el doctor Peña quedó comprendido en ella. Esto lo sabían de sobra los santanderistas de la convención y el mismo Libertador los ofició para recordárselo; no importaba: lo interesante era anular un voto boliviano, y los campeones de la legalidad excluyeron a Peña de su seno. La consigna

era acabar con toda influencia de Bolívar, y no había razón alguna por reprobable que fuera, que no se hiciera contribuir a ese fin.

Cuando O'Leary viajó a Ocaña con instrucciones del Libertador, llevaba el encargo de presentar a la gran convención el mensaje que tenía escrito desde el mes de febrero, como se ha visto. Presenta el notabilísimo documento, sensato, razonado, lleno de consideraciones juiciosas sobre la necesidad de establecer leyes que aseguraran efectivamente la tranquilidad y paz nacional. "Nuestro gobierno está esencialmente mal constituido. Sin considerar que acabamos de lanzar la coyunda, nos dejamos deslumbrar por aspiraciones superiores a las que la historia de todas las edades manifiesta incompatibles con la humana naturaleza". Tras esta justa sentencia, el análisis realista, objetivo de la situación de la república, las apelaciones finales urgentes, angustiosas: "Dadnos un gobierno en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado y el pueblo libre: un gobierno que impida la transgresión de la voluntad general y los mandamientos del pueblo. Considerad, legisladores, que la energía de la fuerza pública es la salvaguardia de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto, la esperanza de la sociedad. Considerad que la corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y de la uniformidad de los delitos. Mirad que sin fuerza no hay virtud y sin virtud perece la república. Mirad, en fin, que la anarquía destruye la libertad y que la unidad conserva el orden. . . ."

Pero la consigna de esos hombres era bien firme: acabar con el Libertador, oponerse a cuanto él consideraba bueno y saludable. Con esas miras ¿qué les importaba abogar hoy arduosamente por aquello que ayer detestaban con el mismo calor? ¿Qué escrúpulo podían tener Santander, Azuero y Soto en que los vieran hoy detestando el centralismo y abogar por el federalismo? "Si para acabar con Bolívar fuera necesario volverme musulmán, gustoso me pondría el birrete", decía Santander. ¡Cuán amargamente repercutía en su corazón aquella conversación en que Bolívar imprudentemente le manifestó que Sucre había de ser su sucesor!

A pesar de ello, el partido boliviano triunfó en cuanto a la adopción de un régimen unitario, contra el empeño contrario de establecer el federal que tan amargos frutos había producido en Venezuela y en Nueva Granada desde los primeros días de la lucha por la independencia, y estaba produciéndolos en otros países de la América.

Los liberales sabían que sin una constitución como la que pedía el Libertador él rehusaría gobernar; así que debiendo dar

una, Azuero se encargó de redactarla, basada en la de Cúcuta, pero aun más llena de utopías que impedían prácticamente al ejecutivo aun la defensa de la república, amenazada desde el exterior por las fuerzas que acumulaba España en Cuba y Puerto Rico y las tropas que estacionaba el Perú en las fronteras meridionales de Colombia. A este proyecto Azuerino opuso el señor Castillo y Rada otro más apropiado a las necesidades de contener el desorden reinante, menos idealista, más realista.

En el conflicto de las dos opiniones se propuso que se llamase al Libertador a Ocaña para que los ilustrara con sus luces, talento y experiencia. Era una proposición contraria al reglamento de la convención: el presidente no podía residir en Ocaña. Se ha objetado que ella no estaba inhibida de derogar la medida, y por lo tanto, la negativa fue obra de la pasión desorbitada. Pero lo que deseamos hacer recalcar es que con ese motivo, Santander, sin quererlo, hizo un cálido elogio de la superioridad de Bolívar, cuando objetando la moción expresó: "Que no venga. Es tal el ascendiente moral de ese hombre sobre los colombianos, que yo muchas veces he ido a verle irritado y lleno de venganza para enrostrarle la verdad y acusarle de sus malos procedimientos; y al verlo y oírlo me he desarmado y he tenido que admirar su genio". Se dice que los niños y los locos dicen la verdad: Santander era presa de un odio que le enloquecía, y bajo su influencia obró en honor de la verdad.

Se llegó a proponer que ambos proyectos se discutiesen simultáneamente; pero este sistema extraño e impropio resultó, como era de esperarse, ser una inmensa ventaja para los santanderistas, que impedían con insulto, burlas, sarcasmos y dicterios contra Bolívar, las explicaciones de los bolivianos. Aquella convención era la encarnación auténtica y genuina de la demagogia, el desorden y la arbitrariedad.

Viendo que era imposible dejarse oír y que los santanderistas estaban resueltos a impedirles todo medio de debate, 21 diputados resolvieron el 2 de junio abandonar unas sesiones en que de todos modos habrían sido vencidos por medios innobles. Sin quorum para continuar las sesiones los 55 diputados que quedaron resolvieron dar por clausurada la convención, y lanzaron en el pueblo de la Cruz un manifiesto justificativo.

Baralt y Díaz, y los mencionamos por ser historiadores dignos de atención, sostienen erróneamente que la separación de 21 diputados fue instigada por el Libertador. Este tenía que comprender que faltando sólo un diputado para completar el quorum, los que

quedaban, si quisieran continuar las sesiones, podían llamar siquiera fuese un solo suplente.

A este respecto manifiesta Posada Gutiérrez: “Puedo asegurar que el Libertador no tuvo la menor parte en aquella resolución, que no me atrevo a calificar. Debí a mi venerable paisano Castillo Rada, que me honrara con su amistad, y en varias conversaciones que tuve con él sobre este asunto, así me lo aseguró, y el Sr. Castillo podía errar, pero jamás mentir. Con el Libertador también hablé dos años después, y me manifestó que la había deplorado, como había deplorado también la necesidad en que se habían visto los diputados que la tomaron, de sustraerse a la injuria, al escarnio y la arbitrariedad con que eran tratados, y contribuir con su presencia y su silencio a consumir la ruina de la república”.

El hecho es que Bolívar “el tirano” soportó con la mayor serenidad las calumnias e insultos que le hacían y de que tenía puntual noticia por O’Leary y Briceño Méndez principalmente; y persuadido de que de aquella asamblea no resultarían sino más complicaciones para el país, a más de los peligros que asomaban por el Norte con la amenaza española y por el Sur con la amenaza peruana, más visible ahora por el ejército apostado en la frontera, resolvió trasladarse a Bogotá como punto céntrico y base natural para atender a la defensa interna y exterior: mas previamente, al tener noticia de la intención de los 21 diputados y posible clausura de la convención, había oficiado al Consejo de Gobierno para ponerlo en guardia de esos posibles sucesos, pidiéndole que arbitrarse los remedios que le pareciesen del caso, y que se detendría unos días en el Socorro aguardando sus noticias. Antes de estas indicaciones de Bolívar, el Consejo de Gobierno había tenido las noticias por Francisco Montúfar, diputado por Río Hacha, mandado desde Ocaña el 9 de junio para que informara y tomaran medidas sobre lo que iba a ocurrir. Por su parte los convencionales que quedaron optaron por declarar terminadas las sesiones y lo hicieron después el 11 de junio, no sin concertar en un conciliábulo el estallido de una tremenda revolución en todo el país contra el gobierno del Libertador. Santander había de ser su capitán general. Fue en ese conciliábulo donde se oyó concretamente por primera vez el propósito que pocos meses después se quiso poner por obra en el palacio de San Carlos: ¡Muera el tirano!

Es de imaginarse el desconcierto que se produjo en la capital de la república al conocerse las novedades de Ocaña, el fracaso de la convención en que tenían todos puestos los ojos como el médico que venía a curar el descontento nacional producido por la consti-

tución de Cúcuta. Y si se disolvía sin sancionar la esperada carta que diese al gobierno los medios necesarios para dar estabilidad y paz interna sólida, un gobierno “fuerte y justo” ¿qué esperanzas quedaban a la patria? No eran pequeños los problemas a que daba origen la situación. Volver a la constitución unánimemente repudiada era imposible sin exponerse a una conflagración política general.

El 13 de junio hubo nuevamente gran manifestación popular en Bogotá a iniciativa del intendente de Cundinamarca, general Pedro Alcántara Herrán, al que se asoció el general José María Córdova. En esa gran manifestación se deliberó y se llegó a la conclusión de que en las circunstancias creadas por las pasiones, cualquiera constitución que dictaran los predominantes convencionales, partidarios de Santander, en vez de mejorar agravaría los males que se les había recomendado remediar. Lo menos malo que puede hacerse, convinieron, es investir al presidente de facultades extraordinarias, como que es el único capaz de encauzar al país por la senda del orden y la seguridad, y mantener la tranquilidad social.

Desde luego, que terminada la convención en la forma que lo hizo, ese era el recurso ya previsto por la constitución en su artículo 128; pero los manifestantes no tenían aún conocimiento de sus últimos actos; y el general Herrán convocó mediante proclama a los padres de familia, para que en conocimiento del estado de cosas diesen sus opiniones al respecto. Surgió de esta numerosa y respetable reunión el acta del 13 de junio, que contenía el desarrollo de esas ideas; y se acordó imprimirla y propagarla profusamente en todo el país, mientras se excitaba al Libertador a que apresurase su llegada a la capital.

El Consejo de Gobierno aprobó el acta en todas sus partes; y a la consulta oficial hecha por Bolívar el 12 sobre lo que debía hacerse, le contestó que ya su partido estaba tomado con la aprobación del acta que se le remitía.

De conformidad con el acta de Bogotá se pronunciaron también absolutamente todas las ciudades, pueblos y aldeas de la república, con una espontaneidad y entusiasmo que no dejan duda sobre su confianza en que sólo Bolívar podía capear la tempestad que había venido formándose sobre el cielo de Colombia.

Capítulo XXVII

1828

LA NEFANDA NOCHE SEPTEMBRINA

RESUMEN

Júbilo por la llegada de Bolívar a Bogotá — Bolívar no hace mérito de gobernar bajo la dictadura sino bajo las facultades extraordinarias de Cúcuta — El proyecto de constitución dictatorial — Oportunas observaciones de don Joaquín Mosquera — Acéptalas Bolívar y prescinde del proyecto — Decreto reglamentario del gobierno dictatorio — Disposiciones administrativas de Bolívar — La vicepresidencia suprimida — Bolívar ofrece a Santander la legación ante el gobierno de los Estados Unidos — Luis Vargas Tejada nombrado secretario — La sociedad Filológica — José Villa, peruano, uno de sus asesores — Sus componentes — Su resolución de asesinar a Bolívar — Frustrado el crimen el 7 de agosto — Provocaciones — Frustrado también en Soacha — ¿Cómo puede explicarse la despreocupación de Bolívar en un tirano? — Santander impidió el atentado de Soacha — Santander no era partidario del asesinato — Quizás no hizo todo lo posible para evitarlo — Los conjurados se organizan para asaltar el palacio presidencial el 28 de octubre — La indiscreción del capitán Benedicto Triana reveló el plan el 25 de septiembre — Resuelven ejecutarlo esa misma noche — Disposiciones del Libertador y del comandante general del departamento — El jefe de estado mayor, coronel Guerra era de los conjurados — Bolívar enfermo — La presencia de doña Manuelita Sáenz — Ataque al palacio a las 12 de la noche por una escolta de la brigada de artillería — Apresan la guardia, matan a los centinelas, inutilizan al edecán Ibarra — Bolívar quiere hacer frente a los malhechores a punto de forzar la puerta de su alcoba — Lo impide doña Manuelita y lo obliga a escaparse por una ventana — Se le une un fiel criado — Frente a la iglesia del Carmen quiere entrarse en la casa de un amigo, pero se le rompe la espada entre las dos hojas de la puerta — Se oculta bajo el puente del Carmen sobre el riachuelo San Agustín — La escena en el palacio entre doña Manuelita y los asesinos — Lopote va a maltratarla y lo impide Florentino González — Fergusson asesinado por Carujo — Ataque al batallón Vargas, que lo repele — No se atreven a asesinar al coronel Whittle — Asesinato del coronel José Bolívar — Padilla se ciñe su espada y así se le halla después en el cuartel de artillería — Bolívar sale de su escondite y se incorpora a sus amigos — Gran alborozo — La libertadora del Libertador — Atenciones de don Joaquín Mosquera — Las fatales sospechas contra Córdoba — Interés de la gente para apresar a los comprometidos — Profunda impresión que los sucesos produjeron en Bolívar — La primera reacción de Bolívar: indultar a los rebeldes — Urdaneta presidente del tribunal para juzgarlos — 14 sentenciados a muerte y ejecutados — Guerra y Padilla colgados — A Santander se le conmutó la pena de muerte por destierro — Preso en el castillo de Boca Chica — El memorial de Santander y la intervención de Sucre — El rey Luis Felipe de Francia rehusa recibir a Santander — La Lápida conmemorativa.

NO CABIA la menor duda. El prestigio del Libertador se asentaba sólidamente en el corazón del pueblo que le veneraba, en el ejército que lo adoraba, en las masas que confiaban ilimitadamente en su capacidad para dominar las situaciones más complejas.

¿Qué significa el bullicioso deleite que trasuntan los rostros, los movimientos de los habitantes de Bogotá sin distinción de edad, sexo ni condición social, este día 24 de junio? ¿A qué obedecen esas manifestaciones de aplauso y suprema alegría? Es que ha llegado el héroe, el hombre esperado de todos, el único en quien confían para salvar al país, para evitar la anarquía en que pudieron hacerlo zozobrar corazones henchidos de pasiones mal aconsejadas, que si vieron fracasar sus intentos en Ocaña, están, no obstante, vigilantes como buhos en las cómplices sombras de la noche.

Numerosos fueron los discursos con que se celebró su llegada. Hablaron en apoyo de la dictadura el presidente del Consejo de Ministros, el presidente de la alta corte de justicia, el intendente del departamento de Cundinamarca, el rector de la universidad, el jefe político del departamento; pero él no hizo mérito de gobernar bajo la dictadura, sino únicamente investido de las facultades extraordinarias otorgadas por la constitución, hasta que llegaron las actas de todo el país y pudo convencerse del anhelo y aprobación general.

Entonces, dice el general Tomás Cipriano de Mosquera en su Memoria sobre la Vida de Bolívar, el Consejo se ocupó en redactar una constitución para el gobierno dictatorio que debía regir hasta terminar la consolidación del orden y quedar restablecida la paz con el Perú, que hacía intensos preparativos de invasión a Colombia. Siempre según el mismo testimonio, todos los consejeros aprobaron la carta; pero el señor Joaquín Mosquera, hermano del memorialista, guardó cierta reserva que notó el Libertador; éste, que conservaba con aquel la más estrecha amistad y le distinguía como hombre que era de grandes méritos y virtudes, le preguntó la causa de su reserva, y el interrogado en plática privada le manifestó con noble franqueza que a la altura en que se hallaba colocado no llegaban más opiniones que las que podían adularle, con lo que

querían ganar su voluntad; y continuando en las palabras del general Tomás Cipriano de Mosquera: “yo vengo a darle una prueba de mi antigua amistad, asegurándole no solamente que es falso que los colombianos sólo aguardan conocer sus deseos para complacerlo, sino que es todo lo contrario. Ha perdido Ud. inmensamente en la opinión pública desde que adoptó la constitución boliviana que le presentaron en el Perú y de cuanto ha pasado en Colombia, y la conducta que ha tenido Ud. con Páez en Venezuela. Le refirió en seguida varias anécdotas que había presenciado, o conocido en su viaje de Popayán a Ocaña y el que hizo al día siguiente de dicha ciudad a Bogotá, para que conociese la verdad y cuánto odio había contra sus edecanes y otros oficiales que le acompañaban desde el Perú. . . . Las actas que hasta ahora se han sancionado por diversos problemas y cuerpos del ejército están reducidas a proclamar a Ud. jefe supremo para que ejerza un poder dictatorial mientras puede devolverlo a la nación. Dar una constitución como la carta que dio Luis XVIII en Francia es usurpar la soberanía del pueblo y dejar a la república inquieta, esperando la ocasión de hacer una nueva revolución. No hay que engañarse, general. La oposición contra Ud. se aumenta diariamente y los que lo ven y hablan de cerca no son francos, o no ven los peligros que están corriendo Colombia y Ud. Entonces le preguntó el Libertador cuál era su opinión y comentó el Señor Mosquera: “que dé Ud. un decreto orgánico bajo cuyas disposiciones gobierne y que reconozcan las garantías y derechos políticos de los colombianos y que ofrezca convocar un congreso constituyente para el 2 de enero de 1830. Después de algunas explicaciones el Libertador le indicó al Sr. Mosquera que preparara su voto para el día siguiente, que ha reconocido que tenía razón. Al día siguiente hizo convocar el Libertador el consejo de estado, y reunido, les manifestó que había desechado el proyecto presentado la víspera por las opiniones que emitió el Sr. Mosquera en la discusión y meditación que ha tenido sobre el particular, pero que el Sr. Mosquera le correspondía indicar la medida que se debía adoptar, y éste expresó que debía sancionarse un decreto orgánico al cual se arreglara el poder ejecutivo en el ejercicio del poder a que estaba llamado, debiendo contenerse en él el reconocimiento de las garantías individuales, incluso la libertad de imprenta. Dejar independiente el poder judicial y ofrecer convocar inmediatamente un congreso constituyente. Adoptó la idea el Libertador en la sesión de ese día que fue el 21 de agosto, y comisionó al Sr. Castillo para redactar el proyecto de acuerdo con el Sr. Mosquera; el 24 fue presentado, y discutido en los días 25 y 26, y sancionado el 27 del mismo mes”.

Hasta aquí, en el estilo descuidado, festinado e incorrecto del general Tomás Cipriano de Mosquera, este memorable incidente poco conocido o comentado, que habla tan alto de los dos personajes que lo protagonizaron: de Joaquín Mosquera, porque pone de cuerpo entero la integridad de un carácter, la fidelidad de un amigo, la rectitud de un patriota; de Bolívar, porque es un nuevo testimonio de su temperamento ajeno a la despótica disposición de hacer siempre triunfar sus opiniones, hasta oír sin arrogancia las razones con que se discutían o se contradecían sus teorías o propósitos o acciones: temperamento el más ajeno a la tiranía de que daban en acusarlo los que no podían aducir nada que justificase su aversión o la persecución de muerte a que los impulsaban sus ambiciones o la envidia de su gloria.

Mientras esto ocurría las disposiciones administrativas del Libertador se extendían hasta donde era humanamente posible, siendo una de ellas la que proveía al aumento del fondo de manumisión de los esclavos, tema que fue siempre de su preferencia. Atendió al ramo de la hacienda pública, otra de sus preocupaciones favoritas de todos los tiempos así como cuestiones tocantes al fuero y disciplina militar. España amenazaba seriamente por el Norte con una fuerza aumentada a cerca de 18,000 hombres y 17 buques de guerra; y con la reciente experiencia de las guerrillas de Venezuela en conexión con los marinos españoles de que hablamos en el capítulo anterior era preciso estar alerta; y también la seria amenaza del Perú, empeñado en invadir la tierra de sus libertadores era otro justificado motivo para elevar el ejército a 40,000 hombres.

Por el decreto orgánico del gobierno a que nos hemos referido, quedó suprimido el cargo de vicepresidente: nuevo motivo de descontento para Santander, que se consideraba despojado: para amansarlo un tanto y para salir de él, que era el centro de las maquinaciones oposicionistas, Bolívar resolvió nombrarlo enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante el gobierno de los Estados Unidos anglo americanos, cargo que aceptó. A su pedido fue designado secretario de la misión Luis Vargas Tejada, joven de gran talento, turbulento miembro que fue de la convención de Ocaña, revolucionario empedernido que andaba a la sazón activo en este oficio. De paso hay que notar que al aceptar ambos el honor dispensado, aceptaban el gobierno dictatorio y hubieran quedado desarmados si las pasiones inconfesables dejaran paso a la razón. Pero no fue así.

Había en la capital una asociación de jóvenes bartolinos en su mayor parte. Era la Sociedad Filológica. El nombre disimulaba

muy bien los fines a que se dedicó para ese tiempo. Sus sesiones públicas ventilaban temas inocentes de historia y de literatura; pero celebraban juntas privadas en que adiestraban en los conceptos de César tirano y Bolívar más tirano aún que César. Eran asesorados estos jóvenes por hombres advenedizos como Agustín Horment, francés de corta residencia en el país, Juan Francisco Arganil, también francés de los *sans culottes* de Marsella, harto de sangre corrida a borbotones en el famoso año 93 de la revolución francesa, que se jactaba de la hazaña de ser quien paseó por las calles de París clavada en una pica la cabeza de la princesa de Lamballe; Pedro Carujo, comandante venezolano, antiguo militar realista; Wenceslao Zuláivar, colombiano como el anterior, de Medellín, y como él antiguo realista; Luis Vargas Tejada, de Bogotá; Florentino González, del Socorro; Mariano Ospina, de Guatavita; Ezequiel Rojas, de Tunja; Emigdio Briceño, de Mérida; Rafael Mendoza, de Bogotá; el coronel Ramón Guerra de Tunja; el capitán Rudecindo Silva, de Chiquinquirá; José López (a) Lopote, oficial hacía poco degradado; Juan Miguel Acevedo Tejada, de Bogotá. En sus deliberaciones secretas habían resuelto quitar la vida al Libertador.

Entre los asesores de estos jóvenes debemos contar también con el Sr. José de Villa, peruano, antiguo realista, venido con el cargo visible de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario pero con el solapado de encandecer los bandos políticos, y cooperar en la desunión colombiana, a quien pronto se vio ligado estrechamente con los enemigos de Bolívar.

Consta que estaba resuelta la acción para el 7 de agosto, durante el baile de máscaras del Teatro Nacional con que se celebraba el aniversario de la batalla de Boyacá; pero Bolívar oportunamente se retiró temprano por una puerta excusada, y así se frustró el atentado. En otra ocasión un joven exaltado, en otra fiesta, ocupó provocativamente el puesto destinado al Libertador para excitar tumulto favorable a la ejecución del asesinato; en otra andaba Bolívar con unos pocos amigos casi sin guardia en un paseo al pueblo de Soacha. ¡He aquí la ocasión propicia! se dijeron los exaltados que lo seguían como su sombra.

Pero antes de seguir adelante se nos ocurre una pregunta: ¿será racional pensar que la presunta víctima, hombre tan experimentado en lides con los enemigos, rodeado además de gentes que estaban dispuestas hasta a derramar su sangre por defenderlo, andaba ignorante de que se conspiraba intensamente, y de estos pasos y propósitos? No es posible pensarlo. Y entonces ¿por qué las cárceles estaban vacías de criminales de esa laya que se pavoneaban

ufanos por calles y palzas de la capital? ¿No es absurdo tildar de tirano a un hombre que de tal modo se exponía al puñal o a la pistola? Un tirano, y ni siquiera era preciso que lo fuese, habría atiborrado de malvados los calabozos y convertido en lagos de sangre los cadalsos. ¿Podría contradecirnos la historia o la actualidad de tantos tiranos como han abundado en las flamantes repúblicas, en estas democracias de pega sudamericanas?

El atentado de Soacha se habría llevado a cabo si no fuera porque Santander, horrorizado, lo impidió. Santander, aunque no ha dejado de decirse lo contrario, no aconsejaba, no era partidario del asesinato de Bolívar. Esto se demostró en los juicios que después se siguieron a los conjurados del 25 de septiembre. Su delito, castigable con pena de muerte según la legislación vigente, consistió en no denunciar conociéndola, la tremenda trama urdida contra el jefe del estado. Santander se contentaba con una revolución que simplemente desplazara de su puesto al Libertador para juzgarlo, y arrebatar a toda influencia pública a los bolivianos. Sabía que bajo este supuesto nadie sino él sería el sucesor en el solio presidencial por que anhelaba; y el asesinato le quitaría de plano la oportunidad, porque la habría aprovechado el presidente del Consejo de Gobierno, o Urdaneta o cualquier otro militar, menos él, en medio de un océano de sangre en que se hubiera anegado toda la república.

Sin embargo de lo dicho, considerando que sus exaltados amigos insistían en sus propósitos, que de todos modos le quedaba una ficha que jugar al producirse la sangrienta catástrofe, que su rencor era inextinguible, no está fuera de juicio pensar que no hizo todo lo que podía y debía para impedir la culminación de la tragedia cuyos preparativos conocía puntualmente, como es natural, dada su condición de jefe de la oposición y sus estrechas vinculaciones con Vargas Tejada por lo menos, con quien se veía varias veces al día.

Frustrados, pues, todos los conatos de asesinato, los conjurados se organizaron debidamente para dar un asalto decidido al palacio presidencial y acabar con la vida del Libertador presidente. La conspiración debía estallar el 28 de octubre, fecha de San Simón, aprovechando la fiesta que había de darse con motivo del santo de Bolívar; fecha quizás elegida también porque para ese día ya Santander estaría en camino de su nuevo destino en los Estados Unidos y no tendrían esa oposición, o quizás porque él quería estar ausente para evitar complicaciones; era parte de sus mañas: tirar la piedra y esconder la mano.

Los conjurados hicieron una eficiente organización. Con sigilo absoluto hacían sus prosélitos; pero una indiscreción, obra de las copas, los aterró e hizo precipitar la vergonzosa asonada.

El capitán Benedicto Triana, del batallón de artillería, que había tomado más de lo conveniente, reveló el plan al teniente del batallón Junín, Francisco Salazar, invitándolo a tomar parte en el crimen; éste, alarmado, dio parte a sus superiores, y Triana fue reducido a prisión. Ocurría esto el 25 de septiembre.

¡Estamos vendidos! ¡Estamos descubiertos! El espectro del pelotón de ejecución o de la horca enloqueció a los conjurados; el miedo les dictó una resolución apresurada. ¡Hay que dar el golpe hoy mismo, esta misma noche, a la media noche en punto!

Descubierta la conspiración como se ha dicho, el teniente Salazar corrió a darle parte al Libertador, quien se contentó con llamar al general Joaquín París, comandante general del departamento, y ordenarle una investigación. París, que tenía confianza absoluta en el jefe de estado mayor, coronel Ramón Guerra, lo hizo comparecer y le ordenó levantar un sumario. ¡Pero el coronel Ramón Guerra era parte de los traidores e hizo el papel de iniciar una información privada mientras estaba en la covacha de los asesinos asesorándolos y dirigiéndolos! En vez de reforzar la guardia de palacio se limitó a poner un centinela a la entrada y otro al pie de la escalera que conducía a la parte alta del palacio presidencial; tuvo buen cuidado de municionar la tropa del cuartel de artillería, vendido casi totalmente a los malhechores. La ayuda que el jefe de estado mayor prestó a los amotinados fue de incalculable valor; si hubiese cumplido con su deber reforzando la guardia de palacio y ordenando estar alerta, ellos no habrían podido entrar en el edificio, como lo hicieron, como se verá después.

Al mismo tiempo que los malhechores consultaban entre sí y daban los últimos toques a la organización del crimen que meditaban, en palacio Bolívar, que estaba enfermo, mandó a las seis de la tarde recado a doña Manuelita Sáenz, que contrario a lo que se ha dicho, no vivía en la residencia presidencial, para que viniese a atenderlo. “Dígale al Libertador”, replicó con el mensajero, “que no puedo ir porque estoy con unos dolores en la cara”. “Diga a Manuelita” intimó de nuevo Bolívar, “que venga, que su enfermedad es menos grave que la mía”.

Manuelita llegó al palacio, se descalzó los zapatones de caucho que llevaba para preservarse de la humedad de la noche y lo ayudó a darse un baño tibio en las piernas que ya él había comenzado.

—“Dicen que va a haber una revolución”.

—“Puede haber enhorabuena hasta diez, pues Ud. da muy buena acogida a los avisos”.

— ¡Bah! no tengas cuidado, ya no habrá nada”.

Era que el coronel Guerra le había asegurado que no debía temer nada, que él respondía; ¡el redomado traidor!

Durante el baño doña Manuelita le leía. Luego él se acostó y en seguida se durmió profundamente sin más precaución que su espada y sus pistolas, pero, agregamos nosotros, con la protección de esa mujer extraordinaria.

A la hora convenida, las 12 de la noche, los conjurados obraron con la matemática simultaneidad acordada. Atacado el batallón Vargas por la artillería, al grito de ¡viva Bolívar! la dispersa aquél, pero ya estaba actuando en palacio la comisión o escolta del cuerpo al mando de Carujo, Horment, Zuláivar, Lopote y Florentino González.

Ezequiel Rojas y Luis Vargas Tejada fueron apostados a la puerta del coronel Diego Whittle, jefe del batallón Vargas, para ultimarlos si salía. Este, al oír el tiroteo, requirió su caballo, se armó y salió en defensa de los suyos y de Bolívar. Los asesinos no se atrevieron a tocarlo y optaron por retirarse.

Entre tanto Santander, conocer desde temprano de lo que iba a suceder, se fue a pasar la noche a casa de su hermana, la esposa del general José María Briceño, hermano del general Pedro Briceño Méndez.

Pero volvamos a los otros malhechores. A las doce de la noche los perros de Bolívar alborotaron la soledad con sus ladridos, mientras un pelotón de 12 soldados del Artillería al mando de Carujo y Horment, Zuláivar, González y José Ignacio López sorprenden y aprisionan la guardia: apuñaleando de muerte a los centinelas de la puerta y la escalera, corren directamente a la alcoba de Bolívar, inutilizan de un tajo la mano del edecán, teniente Andrés Ibarra, que apostado en la antesala trata de oponerseles, y a la voz de ¡muera el tirano!, ¡viva la libertad! ponen alerta a doña Manuelita, quien despierta al Libertador. Este de un salto, a medio vestir, toma su espada y su pistola, con el intento de vender cara su vida y se dirige a la puerta que los asesinos golpean furiosamente con el fin de abrirla. Serenamente lo impide la impávida mujer, lo echa atrás, nota que sus botas no están en su puesto: las habían sacado para lustrarlas y le hizo calzar los zapatones con que ella

llegó al palacio a prima noche y lo obliga a descolgarse por la baja ventana que da a la calle del Coliseo, después de observar que nadie pasaba ni vigilaba por allí. Los conjurados habían descuidado ese punto poniendo todo su empeño en el ataque de frente al edificio. ¡A la derecha! ¡Hacia la iglesia del Carmen! Fugitivo calle arriba, en la esquina de la cuadra nota de repente que alguien le sigue y prepara la pistola que porta, lista a disparar. ¡Soy yo, excelentísimo señor! Es la voz de un criado, de su criado José María o Trinidad, como le llama Mosquera, que estaba en la calle. Ya no está solo. Cruza a la derecha. Frente al Camarín del Carmen vive su amigo José María de la Serna y Ricaurte: oportuno refugio contra la muerte que lo persigue. Trata de abrir la puerta metiendo la espada por las junturas; la puerta no cede; en cambio, se rompe en dos la hoja del acero que señaló el camino de la derrota a los más grandes ejércitos de España. Percibiendo el intenso tiroteo que venía de los cuarteles que estaban a la orilla izquierda del San Agustín, pretendió ganar esa orilla y seguir hasta incorporarse con los que estaban combatiendo por él, pero el fiel criado lo disuadió del temerario intento al llegar al puente del Carmen. ¡Aquí, aquí hay un sitio seguro! ¡El Libertador de Colombia, Perú y Bolivia no halla más seguro contra esos infames que lo persiguen de muerte, que el oportuno escondite del puente del Carmen sobre el Río San Agustín! Fue inspiración de José María, quien lo ayudó a bajar penosamente, casi arrastrándolo por el escabroso barranco hasta ponerlo bajo su seguro. ¡Santo Dios, el Libertador de un mundo no encontró un pedazo de tierra para ocultarse de los malhechores sino bajo las asquerosas suciedades y en las aguas infectas del riachuelo de San Agustín!

Cuando así era el Libertador maltratado de la fortuna por ministerio de los "liberales" ocurrían en el palacio presidencial episodios no menos lamentables. Doña Manuelita con varonil presencia de ánimo, hizo frente a los puñales de los asesinos que habían forzado ya la puerta de la alcoba.

—¿Dónde está Bolívar?

—En el consejo.

—¡Huyó! . . . exclamaron al registrar dos piezas y hallar abierta la ventana por donde se tiró.

—No señores, no ha huído, está en el consejo.

—Y ¿por qué está abierta esta ventana?

—Porque yo la abrí para averiguar qué pasaba.